

Historia del D. I. R. Cardano Nubi-
Eric Hobson Cap 1, 2 y 3
"LA ERA DE LA REBOLUCIÓN"

CAPÍTULO I

El mundo en 1780-1790

Le dixhuitième siècle doit être mis au Panthéon.

SAINT-JUST¹

1

Lo primero que debemos observar acerca del mundo de 1780-1790 es que era a la vez mucho más pequeño y mucho más grande que el nuestro. Era mucho más pequeño geográficamente, porque incluso los hombres más cultos y mejor informados que entonces vivían —por ejemplo, el sabio y viajero Alexander von Humboldt (1769-1859)— sólo conocían algunas partes habitadas del globo. (Los «mundos conocidos» de otras comunidades menos expansionistas y avanzadas científicamente que las de la Europa occidental eran todavía más pequeños, reducidos incluso a los pequeños segmentos de la tierra dentro de los que el analfabeto campesino de Sicilia o el cultivador de las colinas birmanas vivía su vida y más allá de los cuales todo era y sería siempre absolutamente desconocido.) Gran parte de la superficie de los océanos, por no decir toda, ya había sido explorada y consignada en los mapas gracias a la notable competencia de los navegantes del siglo XVIII, como James Cook, aunque el conocimiento humano del lecho de los mares seguiría siendo insignificante hasta la mitad del siglo XX. Los principales contornos de los continentes y las islas eran conocidos, aunque no con la seguridad de hoy. La extensión y altura de las cadenas montañosas europeas eran conocidas con relativa exactitud, pero las de Hispanoamérica lo eran escasamente y sólo en algunas partes, las de Asia apenas y las de África (con excepción del Atlas) eran totalmente ignoradas a fines prácticos. Excepto los de China y la India, el curso de los grandes ríos del mundo era desconocido para todos, salvo para algunos cazadores de Siberia y madereros norteamericanos, que conocían o podían conocer los de sus regiones. Fuera de unas escasas áreas —en algunos continentes no alcanzaban más que unas cuantas millas al interior desde la costa—, el mapa del mundo consistía en espacios blancos cruzados por las

pistas marcadas por los mercaderes o los exploradores. Pero por las burdas informaciones de segunda o tercera mano recogidas por los viajeros o funcionarios en los remotos puestos avanzados, esos espacios blancos habrían sido incluso mucho más vastos de lo que en realidad eran.

No solamente el «mundo conocido» era más pequeño, sino también el mundo real, al menos en términos humanos. Por no existir censos y empadronamientos con finalidad práctica, todos los cálculos demográficos son puras conjeturas, pero es evidente que la tierra tenía sólo una fracción de la población de hoy; probablemente, no más de un tercio. Si es creencia general que Asia y África tenían una mayor proporción de habitantes que hoy, la de Europa, con unos 187 millones en 1800 (contra unos 600 millones hoy), era más pequeña, y mucho más pequeña aún la de las Américas. Aproximadamente, en 1800, dos de cada tres pobladores del planeta eran asiáticos, uno de cada cinco europeo, uno de cada diez africano y uno de cada treinta y tres americano y oceánico. Es evidente que esta población mucho menor estaba mucho más esparcida por la superficie del globo, salvo quizá en ciertas pequeñas regiones de agricultura intensiva o elevada concentración urbana, como algunas partes de China, la India y la Europa central y occidental, en donde existían densidades comparables a las de los tiempos modernos. Si la población era más pequeña, también lo era el área de asentamiento posible del hombre. Las condiciones climatológicas (probablemente algo más frías y más húmedas que las de hoy, aunque no tanto como durante el período de la «pequeña edad del hielo», entre 1300 y 1700) hicieron retroceder los límites habitables en el Ártico. Enfermedades endémicas, como el paludismo, mantenían deshabitadas muchas zonas, como las de Italia meridional, en donde las llanuras del litoral sólo se irían poblando poco a poco a lo largo del siglo XIX. Las formas primitivas de la economía, sobre todo la caza y (en Europa) la extensión territorial de la transhumancia de los ganados, impidieron los grandes establecimientos en regiones enteras, como, por ejemplo, las llanuras de la Apulia; los dibujos y grabados de los primeros turistas del siglo XIX nos han familiarizado con paisajes de la campiña romana: grandes extensiones palúdicas desiertas, escaso ganado y bandidos pintorescos. Y, desde luego, muchas tierras que después se han sometido al arado, eran yermos incultos, marismas, pastizales o bosques.

También la humanidad era más pequeña en un tercer aspecto: los europeos, en su conjunto, eran más bajos y más delgados que ahora. Tomemos un ejemplo de las abundantes estadísticas sobre las condiciones físicas de los reclutas en las que se basan estas consideraciones: en un cantón de la costa ligur, el 72 por 100 de los reclutas en 1792-1799 tenían menos de 1,50 metros de estatura². Esto no quiere decir que los hombres de finales del siglo XVIII fueran más frágiles que los de hoy. Los flacos y desmedrados soldados de la Revolución francesa demostraron una resistencia física sólo igualada en nuestros días por las ligerísimas guerrillas de montaña en las guerras coloniales. Marchas de una semana, con un promedio de cincuenta kilómetros diarios y cargados con todo el equipo militar, eran fre-

cuentes en aquellas tropas. No obstante lo cual, sigue siendo cierto que la constitución física humana era muy pobre en relación con la actual, como lo indica la excepcional importancia que los reyes y los generales concedían a los «mozos altos», que formaban los regimientos de elite, guardia real, coraceros, etc.

Pero si en muchos aspectos el mundo era más pequeño, la dificultad e incertidumbre de las comunicaciones lo hacía en la práctica mucho mayor que hoy. No quiero exagerar estas dificultades. La segunda mitad del siglo XVIII fue, respecto a la Edad Media y los siglos XVI y XVII, una era de abundantes y rápidas comunicaciones, e incluso antes de la revolución del ferrocarril, el aumento y mejora de caminos, vehículos de tiro y servicios postales es muy notable. Entre 1760 y el final del siglo, el viaje de Londres a Glasgow se acortó, de diez o doce días, a sesenta y dos horas. El sistema de «mail-coaches» o diligencias, instituido en la segunda mitad del siglo XVIII y ampliadísimo entre el final de las guerras napoleónicas y el advenimiento del ferrocarril, proporcionó no solamente una relativa velocidad —el servicio postal desde París a Estrasburgo empleaba treinta y seis horas en 1833—, sino también regularidad. Pero las posibilidades para el transporte de viajeros por tierra eran escasas, y el transporte de mercancías era a la vez lento y carísimo. Los gobernantes y grandes comerciantes no estaban aislados unos de otros: se estima que veinte millones de cartas pasaron por los correos ingleses al principio de las guerras con Bonaparte (al final de la época que estudiamos serían diez veces más); pero para la mayor parte de los habitantes del mundo, las cartas eran algo inusitado y no podían leer o viajar —excepto tal vez a las ferias y mercados— fuera de lo corriente. Si tenían que desplazarse o enviar mercancías, habían de hacerlo a pie o utilizando lentísimos carros, que todavía en las primeras décadas del siglo XIX transportaban cinco sextas partes de las mercancías francesas a menos de 40 kilómetros por día. Los correos de gabinete volaban a través de largas distancias con su correspondencia oficial; los postillones conducían las diligencias sacudiendo los huesos de una docena de viajeros o, si iban equipadas con la nueva suspensión de cueros, haciéndoles padecer las torturas del mareo. Los nobles viajaban en sus carrozas particulares. Pero para la mayor parte del mundo la velocidad del carretero caminando al lado de su caballo o su mula imperaba en el transporte por tierra.

En estas circunstancias, el transporte acuático era no sólo más fácil y barato, sino también a menudo más rápido si los vientos y el tiempo eran favorables. Durante su viaje por Italia, Goethe empleó cuatro y tres días, respectivamente, en ir y volver, navegando de Nápoles a Sicilia. ¿Cuánto tiempo habría tardado en recorrer la misma distancia por tierra con muchísima menos comodidad? Vivir cerca de un puerto era vivir cerca del mundo. Realmente, Londres estaba más cerca de Plymouth o de Leith que de los pueblos de Breckland en Norfolk; Sevilla era más accesible desde Veracruz que desde Valladolid, y Hamburgo desde Bahía que desde el interior de Pomerania. El mayor inconveniente del transporte acuático era su intermitencia. Hasta 1820, los correos de Londres a Hamburgo y Holanda sólo se

hacían dos veces a la semana; los de Suecia y Portugal, una vez por semana, y los de Norteamérica, una vez al mes. A pesar de lo cual no cabe duda de que Nueva York y Boston estaban en contacto mucho más estrecho que, digamos, el condado de Maramaros, en los Cárpatos, con Budapest. También era más fácil transportar hombres y mercancías en cantidad sobre la vasta extensión de los océanos —por ejemplo, en cinco años (1769-1774) salieron de los puertos del Norte de Irlanda 44.000 personas para América, mientras sólo salieron cinco mil para Dundee en tres generaciones— y unir capitales distantes que la ciudad y el campo del mismo país. La noticia de la caída de la Bastilla tardó trece días en llegar a Madrid, y, en cambio, no se recibió en Péronne, distante sólo de París 133 kilómetros, hasta el 28 de julio.

Por todo ello, el mundo de 1789 era incalculablemente vasto para la casi totalidad de sus habitantes. La mayor parte de éstos, de no verse desplazados por algún terrible acontecimiento o el servicio militar, vivían y morían en la región, y con frecuencia en la parroquia de su nacimiento: hasta 1861 más de nueve personas por cada diez en setenta de los noventa departamentos franceses vivían en el departamento en que nacieron. El resto del globo era asunto de los agentes de gobierno y materia de rumor. No había periódicos, salvo para un escaso número de lectores de las clases media y alta —la circulación corriente de un periódico francés era de 5.000 ejemplares en 1814—, y en todo caso muchos no sabían leer. Las noticias eran difundidas por los viajeros y la parte móvil de la población: mercaderes y buhoneros, viajeros, artesanos y trabajadores de la tierra sometidos a la migración de la siega o la vendimia, la amplia y variada población vagabunda, que comprendía desde frailes mendicantes o peregrinos hasta contrabandistas, bandoleros, salteadores, gitanos y tiriteros y, desde luego, a través de los soldados que caían sobre las poblaciones en tiempo de guerra o las guarnecían en tiempos de paz. Naturalmente, también llegaban las noticias por las vías oficiales del Estado o la Iglesia. Pero incluso la mayor parte de los agentes de uno y otra eran personas de la localidad elegidas para prestar en ella un servicio vitalicio. Aparte de en las colonias, el funcionario nombrado por el gobierno central y enviado a una serie de puestos provinciales sucesivos, casi no existía todavía. De todos los empleados del Estado, quizá sólo los militares de carrera podían esperar vivir una vida un poco errante, de la que sólo les consolaba la variedad de vinos, mujeres y caballos de su país.

2

El mundo de 1789 era preponderantemente rural y no puede comprenderse si no nos damos cuenta exacta de este hecho. En países como Rusia, Escandinavia o los Balcanes, en donde la ciudad no había florecido demasiado, del 90 al 97 por 100 de la población era campesina. Incluso en regiones con fuerte, aunque decaída, tradición urbana, el tanto por ciento rural o agrícola era altísimo: el 85 en Lombar-

día, del 72 al 80 en Venecia, más del 90 en Calabria y Lucania, según datos dignos de crédito³. De hecho, fuera de algunas florecientes zonas industriales o comerciales, difícilmente encontraríamos un gran país europeo en el que por lo menos cuatro de cada cinco de sus habitantes no fueran campesinos. Hasta en la propia Inglaterra, la población urbana sólo superó por primera vez a la rural en 1851.

La palabra «urbana» es ambigua, desde luego. Comprende a las dos ciudades europeas que en 1789 podían ser llamadas verdaderamente grandes por el número de sus habitantes: Londres, con casi un millón; París, con casi medio, y algunas otras con cien mil más o menos: dos en Francia, dos en Alemania, quizá cuatro en España, quizá cinco en Italia (el Mediterráneo era tradicionalmente la patria de las ciudades), dos en Rusia y una en Portugal, Polonia, Holanda, Austria, Irlanda, Escocia y la Turquía europea. Pero también incluye la multitud de pequeñas ciudades provincianas en las que vivían realmente la mayor parte de sus habitantes: ciudades en las que un hombre podía trasladarse en cinco minutos desde la catedral, rodeada de edificios públicos y casas de personajes, al campo. Del 19 por 100 de los austríacos que todavía al final de nuestro período (1834) vivían en ciudades, más de las tres cuartas partes residían en poblaciones de menos de 20.000 habitantes, y casi la mitad en pueblos de dos a cinco mil habitantes. Estas eran las ciudades a través de las cuales los jornaleros franceses hacían su vuelta a Francia; en cuyos perfiles medievales, conservados intactos por la paralización de los siglos, los poetas románticos alemanes se inspiraban sobre el telón de fondo de sus tranquilos paisajes, sobre cuyos riscos se alzaban las torres de las catedrales españolas; entre las cuales, en las sucias juderías, discutían los rabinos las sutilezas de la ley divina; a las que el inspector general de Gogol llegaba para aterrorizar a los ricos y Chichikof, para estudiar la compra de las almas muertas. Pero éstas eran también las ciudades de las que los jóvenes ambiciosos salían para hacer revoluciones, millones o ambas cosas a la vez. Robespierre salió de Arras; Gracchus Babeuf, de San Quintín; Napoleón Bonaparte, de Ajaccio.

Estas ciudades provincianas no eran menos urbanas por ser pequeñas. Los verdaderos ciudadanos miraban por encima del hombro al campo circundante con el desprecio que el vivo y sabihondo siente por el fuerte, el lento, el ignorante y el estúpido. (No obstante, el nivel de cultura de los habitantes de estas adormecidas ciudades campesinas no era como para vanagloriarse: las comedias populares alemanas ridiculizan tan cruelmente a las «kraehwinkel», o pequeñas municipalidades, como a los más zafios patanes.) La línea fronteriza entre ciudad y campo, o, mejor dicho, entre ocupaciones urbanas y ocupaciones rurales, era rígida. En muchos países la barrera de los consumos, y a veces hasta la vieja línea de la muralla, dividía a ambas. En casos extremos, como en Prusia, el gobierno, deseoso de conservar a sus ciudadanos contribuyentes bajo su propia supervisión, procuraba una total separación de las actividades urbanas y rurales. Pero aun en donde no existía esa rígida división administrativa, los ciudadanos eran a menudo físicamente distintos de los campesinos. En una vasta extensión de la Europa oriental había islotes germánicos, judíos o ita-

lianos en lagos eslavos, magiares o rumanos. Incluso los ciudadanos de la misma nacionalidad y religión parecían distintos de los campesinos de los contornos: vestían otros trajes y realmente en muchos casos (excepto en la explotada población obrera y artesana del interior) eran más altos, aunque quizá también más delgados⁴. Ciertamente se enorgullecían de tener más agilidad mental y más cultura, y tal vez la tuvieran. No obstante, en su manera de vivir eran casi tan ignorantes de lo que ocurría fuera de su ciudad y estaban casi tan encerrados en ella como los aldeanos en sus aldeas.

Sin embargo, la ciudad provinciana pertenecía esencialmente a la economía y a la sociedad de la comarca. Vivía a expensas de los aldeanos de las cercanías y (con raras excepciones) casi como ellos. Sus clases media y profesional eran los traficantes en cereales y ganado; los transformadores de los productos agrícolas; los abogados y notarios que llevaban los asuntos de los grandes propietarios y los interminables litigios que forman parte de la posesión y explotación de la tierra; los mercaderes que adquirían y revendían el trabajo de las hilanderas, tejedoras y encajeras de las aldeas; los más respetables representantes del gobierno, el señor o la Iglesia. Sus artesanos y tenderos abastecían a los campesinos y a los ciudadanos que vivían del campo. La ciudad provinciana había declinado tristemente desde sus días gloriosos de la Edad Media. Ya no eran como antaño «ciudades libres» o «ciudades-Estado», sino rara vez un centro de manufacturas para un mercado más amplio o un puesto estratégico para el comercio internacional. A medida que declinaba, se aferraba con obstinación al monopolio de su mercado, que defendía contra todos los competidores: gran parte del provincianismo del que se burlaban los jóvenes radicales y los negociantes de las grandes ciudades procedía de ese movimiento de autodefensa económica. En la Europa meridional, gran parte de la nobleza vivía en ellas de las rentas de sus fincas. En Alemania, las burocracias de los innumerables principados —que apenas eran más que inmensas fincas— satisfacían los caprichos y deseos de sus serenísimos señores con las rentas obtenidas de un campesinado sumiso y respetuoso. La ciudad provinciana de finales del siglo XVIII pudo ser una comunidad próspera y expansiva, como todavía atestiguan en algunas partes de Europa occidental sus conjuntos de piedra de un modesto estilo neoclásico o rococó. Pero toda esa prosperidad y expansión procedía del campo.

3

El problema agrario era por eso fundamental en el mundo de 1789, y es fácil comprender por qué la primera escuela sistemática de economistas continentales —los fisiócratas franceses— consideraron indiscutible que la tierra y la renta de la tierra eran la única fuente de ingresos. Y que el eje del problema agrario era la relación entre quienes poseen la tierra y quienes la cultivan, entre los que producen su riqueza y los que la acumulan.

Desde el punto de vista de las relaciones de la propiedad agraria,

podemos dividir a Europa —o más bien al complejo económico cuyo centro radica en la Europa occidental— en tres grandes sectores. Al Oeste de Europa estaban las colonias ultramarinas. En ellas, con la notable excepción de los Estados Unidos de América del Norte y algunos pocos territorios menos importantes de cultivo independiente, el cultivador típico era el indio, que trabajaba como un labrador forzado o un virtual siervo, o el negro, que trabajaba como esclavo; menos frecuente era el arrendatario que cultivaba la tierra personalmente. (En las colonias de las Indias Orientales, donde el cultivo directo por los plantadores europeos era rarísimo, la forma típica obligatoria impuesta por los poseedores de la tierra era la entrega forzosa de determinada cantidad de producto de una cosecha: por ejemplo, café o especias en las islas holandesas.) En otras palabras, el cultivador típico no era libre o estaba sometido a una coacción política. El típico terrateniente era el propietario de un vasto territorio casi feudal (hacienda, finca, estancia) o de una plantación de esclavos. La economía característica de la posesión casi feudal era primitiva y autolimitada, o, en todo caso, regida por las demandas puramente regionales: la América española exportaba productos de minería, también extraídos por los indios —virtualmente siervos—, pero apenas nada de productos agrícolas. La economía característica de la zona de plantaciones de esclavos, cuyo centro estaba en las islas del Caribe, a lo largo de las costas septentrionales de América del Sur (especialmente en el Norte del Brasil) y las del Sur de los Estados Unidos, era la obtención de importantes cosechas de productos de exportación, sobre todo el azúcar, en menos extensión tabaco y café, colorantes y, desde el principio de la revolución industrial, el algodón más que nada. Este formaba por ello parte integrante de la economía europea y, a través de la trata de esclavos, de la africana. Fundamentalmente, la historia de esta zona en el período de que nos ocupamos podría resumirse en la decadencia del azúcar y la preponderancia del algodón.

Al Este de Europa occidental, más específicamente aún, al Este de la línea que corre a lo largo del Elba, las fronteras occidentales de lo que hoy es Checoslovaquia, y que llegaban hasta el Sur de Trieste, separando el Austria oriental de la occidental, estaba la región de la servidumbre agraria. Socialmente, la Italia al Sur de la Toscana y la Umbria, y la España meridional, pertenecían a esta región; pero no Escandinavia (con la excepción parcial de Dinamarca y el Sur de Suecia). Esta vasta zona contenía algunos sectores de cultivadores técnicamente libres: los colonos alemanes se esparcían por todas partes, desde Eslovenia hasta el Volga, en clanes virtualmente independientes en las abruptas montañas de Iliria, casi igualmente que los hoscos campesinos guerreros que eran los panduros y cosacos, que habían constituido hasta poco antes la frontera militar entre los cristianos y los turcos y los tártaros, labriegos independientes del señor o el Estado, o aquellos que vivían en los grandes bosques en donde no existía el cultivo en gran escala. En conjunto, sin embargo, el cultivador típico no era libre, sino que realmente estaba ahogado en la marea de la servidumbre, creciente casi sin interrupción desde finales del siglo XV o principios del XVI. Esto era menos patente en la región

de los Balcanes, que había estado o estaba todavía bajo la directa administración de los turcos. Aunque el primitivo sistema agrario del prefeudalismo turco, una rígida división de la tierra en la que cada unidad mantenía, no hereditariamente, a un guerrero turco, había degenerado en un sistema de propiedad rural hereditaria bajo señores mahometanos. Estos señores rara vez se dedicaban a cultivar sus tierras, limitándose a sacar lo que podían de sus campesinos. Por esa razón, los Balcanes, al Sur del Danubio y el Save, surgieron de la dominación turca en los siglos XIX y XX como países fundamentalmente campesinos, aunque muy pobres, y no como países de propiedad agrícola concentrada. No obstante lo cual, el campesino balcánico era legalmente tan poco libre como un cristiano, y de hecho tan poco libre como un campesino, al menos en cuanto concernía a los señores.

En el resto de la zona, el campesino típico era un siervo que dedicaba una gran parte de la semana a trabajos forzosos sobre la tierra del señor u otras obligaciones por el estilo. Su falta de libertad podía ser tan grande que apenas se diferenciara de la esclavitud, como en Rusia y en algunas partes de Polonia, en donde podían ser vendidos separadamente de la tierra. Un anuncio insertado en la «Gaceta de Moscú», en 1801, decía: «Se venden tres cocheros, expertos y de buena presencia, y dos muchachas, de dieciocho y quince años, ambas de buena presencia y expertas en diferentes clases de trabajo manual. La misma casa tiene en venta dos peluqueros: uno, de veintiún años, sabe leer, escribir, tocar un instrumento musical y servir como postillón; el otro es útil para arreglar el cabello a damas y caballeros y afinar pianos y órganos.» (Una gran proporción de siervos servían como criados domésticos; en Rusia eran por lo menos el 5 por 100.⁵) En la costa del Báltico —la principal ruta comercial con la Europa occidental—, los siervos campesinos producían grandes cosechas para la exportación al Oeste, sobre todo cereales, lino, cáñamo y maderas para la construcción de barcos. Por otra parte, también suministraban mucho al mercado regional, que contenía al menos una región accesible de importancia industrial y desarrollo urbano: Sajonia, Bohemia y la gran ciudad de Viena. Sin embargo, gran parte de la zona permanecía atrasada. La apertura de la ruta del Mar Negro y la creciente urbanización de Europa occidental, y principalmente de Inglaterra, acababan de empezar hacia poco a estimular las exportaciones de cereales del cinturón de tierras negras rusas, que serían casi la única mercancía exportada por Rusia hasta la industrialización de la URSS. Por ello, también el área servil oriental puede considerarse, lo mismo que la de las colonias ultramarinas, como una «economía dependiente» de Europa occidental en cuanto a alimentos y materias primas.

Las regiones serviles de Italia y España tenían características económicas similares, aunque la situación legal de los campesinos era distinta. En términos generales, había zonas de grandes propiedades de la nobleza. No es imposible que algunas de ellas fueran en Sicilia y en Andalucía descendientes directas de los latifundios romanos, cuyos esclavos y *coloni* se convirtieron en los característicos labradores sin tierra de dichas regiones. Las grandes dehesas, los cereales

(Sicilia siempre fue riquísimo granero) y la extorsión de todo cuanto podía obtenerse del mísero campesinado, producían las rentas de los grandes señores a los que pertenecían.

El señor característico de las zonas serviles era, pues, un noble propietario y cultivador o explotador de grandes haciendas, cuya extensión produce vértigos a la imaginación: Catalina la Grande repartió unos cuarenta a cincuenta mil siervos entre sus favoritos; los Radziwill, de Polonia, tenían propiedades mayores que la mitad de Irlanda; los Potocki poseían millón y medio de hectáreas en Ucrania; el conde húngaro Esterhazy (patrón de Haydn) llegó a tener más de dos millones. Las propiedades de decenas de miles de hectáreas eran numerosas⁶. Aunque descuidadas y cultivadas con procedimientos primitivos muchas de ellas, producían rentas fabulosas. El grande de España podía —como observaba un visitante francés de los desolados fundos de la casa de Medina-Sidonia— «reinar como un león en la selva, cuyo rugido espantaba a cualquiera que pudiera acercarse»⁷, pero no estaba falto de dinero, igualando los amplios recursos de los milores ingleses.

Además de los magnates, otra clase de hidalgos rurales, de diferente magnitud y recursos económicos, expoliaba también a los campesinos. En algunos países esta clase era abundantísima, y, por tanto, pobre y descontenta. Se distinguía de los plebeyos principalmente por sus privilegios sociales y políticos y su poca afición a dedicarse a cosas —como el trabajo— indignas de su condición. En Hungría y Polonia esta clase representaba el 10 por 100 de la población total, y en España, a finales del siglo XVIII, la componían medio millón de personas, y en 1827 equivalía al 10 por 100 de la total nobleza europea⁸; en otros sitios era mucho menos numerosa.

4

Socialmente, la estructura agraria en el resto de Europa no era muy diferente. Esto quiere decir que, para el campesino o labrador, cualquiera que poseyese una finca era un «caballero», un miembro de la clase dirigente, y viceversa: la condición de noble o hidalgo (que llevaba aparejados privilegios sociales y políticos y era el único camino para acceder a los altos puestos del Estado) era inconcebible sin una gran propiedad. En muchos países de Europa occidental el orden feudal implicado por tales maneras de pensar estaba vivo políticamente, aunque cada vez resultaba más anticuado en lo económico. En realidad, su ranciedad, que hacía aumentar las rentas de los nobles y los hidalgos, a pesar del aumento de precios y de gastos, hacía a los aristócratas explotar cada vez más su posición económica inalienable y los privilegios de su nacimiento y condición. En toda la Europa continental los nobles expulsaban a sus rivales de origen más modesto de los cargos provechosos dependientes de la corona: desde Suecia, en donde la proporción de oficiales plebeyos bajó del 66 por 100 en 1719 (42 por 100 en 1700) al 23 por 100 en 1780⁹, hasta Francia, en donde esta «reacción feudal» precipitaría la revolución. Pero

incluso en donde había en algunos aspectos cierta flexibilidad, como en Francia, en que el ingreso en la nobleza territorial era relativamente fácil, o como en Inglaterra, en donde la condición de noble y propietario se alcanzaba como recompensa por servicios o riquezas de otro género, el vínculo entre gran propiedad rural y clase dirigente seguía firme y acabó por hacerse más cerrado.

Sin embargo, económicamente, la sociedad rural occidental era muy diferente. El campesino había perdido mucho de su condición servil en los últimos tiempos de la Edad Media, aunque subsistieran a menudo muchos restos irritantes de dependencia legal. Los fundos característicos hacía tiempo que habían dejado de ser una unidad de explotación económica convirtiéndose en un sistema de percibir rentas y otros ingresos en dinero. El campesino, más o menos libre, grande, mediano o pequeño, era el típico cultivador del suelo. Si era arrendatario de cualquier clase, pagaba una renta (o, en algunos sitios, una parte de la cosecha) al señor. Si técnicamente era un propietario, probablemente estaba sujeto a una serie de obligaciones respecto al señor local, que podían o no convertirse en dinero (como la obligación de vender su trigo al molino del señor), lo mismo que pagar impuestos al príncipe, diezmos a la Iglesia y prestar algunos servicios de trabajo forzoso, todo lo cual contrastaba con la relativa exención de los estratos sociales más elevados. Pero si estos lazos políticos se hubieran roto, una gran parte de Europa habría surgido como un área de agricultura campesina; generalmente una en la que una minoría de ricos campesinos habría tendido a convertirse en granjeros comerciales, vendiendo un permanente sobrante de cosecha al mercado urbano, y en la que una mayoría de campesinos medianos y pequeños habría vivido con cierta independencia de sus recursos, a menos que éstos fueran tan pequeños que les obligaran a dedicarse temporalmente a otros trabajos, agrícolas o industriales, que les permitieran aumentar sus ingresos.

Sólo unas pocas comarcas habían impulsado el desarrollo agrario dando un paso adelante hacia una agricultura puramente capitalista, principalmente en Inglaterra. La gran propiedad estaba muy concentrada, pero el típico cultivador era un comerciante de tipo medio, granjero-arrendatario que operaba con trabajo alquilado. Una gran cantidad de pequeños propietarios, habitantes en chozas, embrollaba la situación. Pero cuando ésta cambió (entre 1760 y 1830, aproximadamente), lo que surgió no fue una agricultura campesina, sino una clase de empresarios agrícolas —los granjeros— y un gran proletariado agrario. Algunas regiones europeas en donde eran tradicionales las inversiones comerciales en la labranza —como en ciertas partes de Italia y los Países Bajos— o en donde se producían cosechas comerciales especializadas, mostraron también fuertes tendencias capitalistas, pero ello fue excepcional. Una excepción posterior fue Irlanda, desgraciada isla en la que se combinaban las desventajas de las zonas más retrasadas de Europa con las de la proximidad a la economía más avanzada. Un puñado de latifundistas absentistas, parecidos a los de Sicilia y Andalucía, explotaban a una vasta masa de pequeños arrendatarios cobrándoles sus rentas en dinero.

Técnicamente, la agricultura europea era todavía, con la excep-

ción de unas pocas regiones avanzadas, tradicional, a la vez que asombrosamente ineficiente. Sus productos seguían siendo los más tradicionales: trigo, centeno, cebada, avena y, en Europa oriental, alforfón, el alimento básico del pueblo; ganado vacuno, lanar, cabrio y sus productos, cerdos y aves de corral, frutas y verduras y cierto número de materias primas industriales como lana, lino, cáñamo para cordaje, cebada y lúpulo para la cervecería, etc. La alimentación de Europa todavía seguía siendo regional. Los productos de otros climas eran rarezas raras en el lujo, con la excepción quizá del azúcar, el más importante producto alimenticio importado de los trópicos y el que con su dulzura ha creado más amargura para la humanidad que cualquier otro. En Inglaterra (reconocido como el país más adelantado) el promedio de consumo anual por cabeza en 1790 era de 14 libras. Pero incluso en Inglaterra, el promedio de consumo de té *per capita* era 1,16 libras, o sea, apenas dos onzas al mes.

Los nuevos productos importados de América o de otras zonas tropicales habían avanzado algo. En la Europa meridional y en los Balcanes, el maíz (cereal indio) estaba ya bastante difundido —y había contribuido a asentar a los campesinos nómadas en sus tierras de los Balcanes—, y en el Norte de Italia el arroz empezaba a hacer progresos. El tabaco se cultivaba en varios países, más como monopolio del gobierno para la obtención de rentas, aunque su consumo era insignificante en comparación con los tiempos modernos: el inglés medio de 1790 que fumaba, tomaba rapé o mascaba tabaco no consumía más de una onza y un tercio por mes. El gusano de seda se criaba en numerosas regiones del Sur de Europa. El más importante de esos nuevos productos —la patata— empezaba a abrirse paso poco a poco, excepto en Irlanda, en donde su capacidad alimenticia por hectárea, muy superior a la de otros, la había popularizado rápidamente. Fuera de Inglaterra y los Países Bajos, el cultivo de los tubérculos y forrajes era excepcional, y sólo con las guerras napoleónicas empezó la producción masiva de remolacha azucarera.

El siglo XVIII no supuso, desde luego, un estancamiento agrícola. Por el contrario, una gran era de expansión demográfica, de aumento de urbanización, comercio y manufactura, impulsó y hasta exigió el desarrollo agrario. La segunda mitad del siglo vio el principio del tremendo, y desde entonces ininterrumpido, aumento de población, característico del mundo moderno: entre 1755 y 1784, por ejemplo, la población rural del Brabante (Bélgica) aumentó en un 44 por 100.¹⁰ Pero lo que originó numerosas campañas para el progreso agrícola, lo que multiplicó las sociedades de labradores, los informes gubernamentales y las publicaciones propagandísticas desde Rusia hasta España, fue, más que sus progresos, la cantidad de obstáculos que dificultaban el avance agrario.

El mundo de la agricultura resultaba perezoso, salvo quizá para su sector capitalista. El del comercio y el de las manufacturas y las

actividades técnicas e intelectuales que surgían con ellos era confiado, animado y expansivo, así como eficientes, decididas y optimistas las clases que de ambos se beneficiaban. El observador contemporáneo se sentía sorprendidísimo por el vasto despliegue de trabajo, estrechamente unido a la explotación colonial. Un sistema de comunicaciones marítimas, que aumentaba rápidamente en volumen y capacidad, circundaba la tierra, beneficiando a las comunidades mercantiles de la Europa del Atlántico Norte, que usaban el poderío colonial para despojar a los habitantes de las Indias Orientales¹¹ de sus géneros, exportándolos a Europa y África, en donde estos y otros productos europeos servían para la compra de esclavos con destino a los cada vez más importantes sistemas de plantación de las Américas. Las plantaciones americanas exportaban por su parte en cantidades cada vez mayores su azúcar, su algodón, etc., a los puertos del Atlántico y del Mar del Norte, desde donde se redistribuían hacia el Este junto con los productos y manufacturas tradicionales del intercambio comercial Este-Oeste: textiles, sal, vino y otras mercancías. Del Oriente europeo venían granos, madera de construcción, lino (muy solicitado en los trópicos), cáñamo y hierro de esta segunda zona colonial. Y entre las economías relativamente desarrolladas de Europa —que incluían, hablando en términos económicos, las activas comunidades de pobladores blancos en las colonias británicas de América del Norte (desde 1783, los Estados Unidos de América)— la red comercial se hacía más y más densa.

El *nabab* o indiano, que regresaba de las colonias con una fortuna muy superior a los sueños de la avaricia provinciana; el comerciante y armador, cuyos espléndidos puertos —Burdeos, Bristol, Liverpool— habían sido construidos o reconstruidos en el siglo, parecían los verdaderos triunfadores económicos de la época, sólo comparables a los grandes funcionarios y financieros que amasaban sus caudales en el provechoso servicio de los Estados, pues aquella era la época en la que el término «oficio provechoso bajo la corona» tenía un significado literal. Aparte de ellos, la clase media de abogados, administradores de grandes fincas, cerveceros, tenderos y algunas otras profesiones que acumulaban una modesta riqueza a costa del mundo agrícola, vivían unas vidas humildes y tranquilas, e incluso el industrial parecía poco más que un pariente pobre. Pues aunque la minería y la industria se extendían con rapidez en todas partes de Europa, el mercader (y en Europa oriental muy a menudo también el señor feudal) seguía siendo su verdadero director.

Por esta razón, la principal forma de expansión de la producción industrial fue la denominada sistema doméstico, por el cual un mercader compraba todos los productos del artesano o del trabajo no agrícola de los campesinos para venderlo luego en los grandes mercados. El simple crecimiento de este tráfico creó inevitablemente unas rudimentarias condiciones para un temprano capitalismo industrial. El artesano, vendiendo su producción total, podía convertirse en algo más que un trabajador pagado a destajo, sobre todo si el gran mercader le proporcionaba el material en bruto o le suministraba algunas herramientas. El campesino que también tejía podía convertirse en el

tejedor que tenía también una parcelita de tierra. La especialización en los procedimientos y funciones permitió dividir la vieja artesanía o crear un grupo de trabajadores semiexpertos entre los campesinos. El antiguo maestro artesano, o algunos grupos especiales de artesanos o algún grupo local de intermediarios, pudieron convertirse en algo semejante a subcontratistas o patronos. Pero la llave maestra de estas formas descentralizadas de producción, el lazo de unión del trabajo de las aldeas perdidas o los suburbios de las ciudades pequeñas con el mercado mundial, era siempre alguna clase de mercader. Y los «industriales» que surgieron o estaban a punto de surgir de las filas de los propios productores eran pequeños operarios a su lado, aun cuando no dependieran directamente de aquél. Hubo algunas raras excepciones, especialmente en la Inglaterra industrial. Los forjadores, y otros hombres como el gran alfarero Josiah Wedgwood, eran personas orgullosas y respetadas, cuyos establecimientos visitaban los curiosos de toda Europa. Pero el típico industrial (la palabra no se había inventado todavía) seguía siendo un suboficial más bien que un capitán de industria.

No obstante, cualquiera que fuera su situación, las actividades del comercio y la manufactura florecían brillantemente. Inglaterra, el país europeo más próspero del siglo XVIII, debía su poderío a su progreso económico. Y hacia 1780 todos los gobiernos continentales que aspiraban a una política racional, fomentaban el progreso económico y, de manera especial, el desarrollo industrial, pero no todos con el mismo éxito. Las ciencias, no divididas todavía como en el académico siglo XIX en una rama superior «pura» y en otra inferior «aplicada», se dedicaban a resolver los problemas de la producción: los avances más sorprendentes en 1780 fueron los de la química, más estrechamente ligada por la tradición a la práctica de los talleres y a las necesidades de la industria. La gran *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert no fue sólo un compendio del pensamiento progresista político y social, sino también del progreso técnico y científico. Pues, en efecto, la convicción del progreso del conocimiento humano, el racionalismo, la riqueza, la civilización y el dominio de la naturaleza de que tan profundamente imbuido estaba el siglo XVIII, la Ilustración, debió su fuerza, ante todo, al evidente progreso de la producción y el comercio, y al racionalismo económico y científico, que se creía asociado a ellos de manera inevitable. Y sus mayores paladines fueron las clases más progresistas económicamente, las más directamente implicadas en los tangibles adelantos de los tiempos: los círculos mercantiles y los grandes señores económicamente ilustrados, los financieros, los funcionarios con formación económica y social, la clase media educada, los fabricantes y los empresarios. Tales hombres saludaron a un Benjamin Franklin, impresor y periodista, inventor, empresario, estadista y habilísimo negociante, como el símbolo del futuro ciudadano, activo, razonador y autoformado. Tales hombres, en Inglaterra, en donde los hombres nuevos no tenían necesidades de encarnaciones revolucionarias trasatlánticas, formaron las sociedades provincianas de las que brotarían muchos avances científicos, industriales y políticos. La Sociedad Lunar (Lunar Society) de

me queda
p. 17 ss

Birmingham, por ejemplo, contaba entre sus miembros al citado Josiah Wedgwood, al inventor de la máquina de vapor, James Watt, y a su socio Matthew Boulton, al químico Priestley, al biólogo precursor de las teorías evolucionistas Erasmus Darwin (abuelo de un Darwin más famoso), al gran impresor Baskerville. Todos estos hombres, a su vez, pertenecían a las logias masónicas, en las que no contaban las diferencias de clase y se propagaba con celo desinteresado la ideología de la Ilustración.

Es significativo que los dos centros principales de esta ideología —Francia e Inglaterra— lo fueran también de la doble revolución; aunque de hecho sus ideas alcanzaron mucha mayor difusión en sus fórmulas francesas (incluso cuando éstas eran versiones galas de otras inglesas). Un individualismo secular, racionalista y progresivo, dominaba el pensamiento «ilustrado». Su objetivo principal era liberar al individuo de las cadenas que le oprimían: el tradicionalismo ignorante de la Edad Media que todavía proyectaba sus sombras sobre el mundo; la superstición de las Iglesias (tan distintas de la religión «natural» o «racional»); de la irracionalidad que dividía a los hombres en una jerarquía de clases altas y bajas según el nacimiento o algún otro criterio desatinado. La libertad, la igualdad —y luego la fraternidad— de todos los hombres eran sus lemas. (En debida forma serían también los de la Revolución francesa.) El reinado de la libertad individual no podría tener sino las más beneficiosas consecuencias. El libre ejercicio del talento individual en un mundo de razón produciría los más extraordinarios resultados. La apasionada creencia en el progreso del típico pensador «ilustrado» reflejaba el visible aumento en conocimientos y técnica, en riqueza, bienestar y civilización que podía ver en torno suyo y que achacaba con alguna justicia al avance creciente de sus ideas. Al principio de su siglo, todavía se llevaba a la hoguera a las brujas; a su final, algunos gobiernos «ilustrados», como el de Austria, habían abolido no sólo la tortura judicial, sino también la esclavitud. ¿Qué no cabría esperar si los obstáculos que aún oponían al progreso los intereses del feudalismo y la Iglesia fuesen barridos definitivamente?

No es del todo exacto considerar la Ilustración como una ideología de clase media, aunque hubo muchos «ilustrados» —y en política fueron los más decisivos— que consideraban irrefutable que la sociedad libre sería una sociedad capitalista¹². Pero, en teoría, su objetivo era hacer libres a todos los seres humanos. Todas las ideologías progresistas, racionalistas y humanistas están implícitas en ello y proceden de ello. Sin embargo, en la práctica, los jefes de la emancipación por la que clamaba la Ilustración procedían por lo general de las clases intermedias de la sociedad —hombres nuevos y racionales, de talento y méritos independientes del nacimiento—, y el orden social que nacería de sus actividades sería un orden «burgués» y capitalista.

Por tanto, es más exacto considerar la Ilustración como una ideología revolucionaria, a pesar de la cautela y moderación política de muchos de sus caudillos continentales, la mayor parte de los cuales —hasta 1780— ponían su fe en la monarquía absoluta «ilustrada». El «despotismo ilustrado» supondría la abolición del orden político y so-

cial existente en la mayor parte de Europa. Pero era demasiado esperar que los «anciens régimes» se destruyeran a sí mismos voluntariamente. Por el contrario, como hemos visto, en algunos aspectos se reforzaron contra el avance de las nuevas fuerzas sociales y económicas. Y sus ciudadelas (fuera de Inglaterra, las Provincias Unidas y algún otro sitio en donde ya habían sido derrotados) eran las mismas monarquías en las que los moderados «ilustrados» tenían puestas sus esperanzas.

cel — 1
6

Con la excepción de la Gran Bretaña (que había hecho su revolución en el siglo XVII) y algunos Estados pequeños, las monarquías absolutas gobernaban en todos los países del continente europeo. Y aquellos en los que no gobernaban, como Polonia, cayeron en la anarquía y fueron absorbidos por sus poderosos vecinos. Los monarcas hereditarios por la gracia de Dios encabezaban jerarquías de nobles terratenientes, sostenidas por la tradicional ortodoxia de las Iglesias y rodeadas por una serie de instituciones que nada tenían que las recomendara excepto un largo pasado. Ciertamente que las evidentes necesidades de la cohesión y la eficacia estatal, en una época de vivas rivalidades internacionales, habían obligado a los monarcas a doblegar las tendencias anárquicas de sus nobles y otros intereses, y crearse un aparato estatal con servidores civiles, no aristocráticos en cuanto fuera posible. Más aún, en la última parte del siglo XVIII, estas necesidades y el patente éxito internacional del poder capitalista británico llevaron a esos monarcas (o más bien a sus consejeros) a intentar unos programas de modernización económica, social, intelectual y administrativa. En aquellos días, los príncipes adoptaron el sobrenombre de «ilustrados» para sus gobiernos, como los de los nuestros, y por análogas razones, adoptan el de «planificadores». Y como en nuestros días, muchos de los que lo adoptaron en teoría hicieron muy poco para llevarlo a la práctica, y algunos de los que lo hicieron, lo hicieron movidos menos por un interés en las ideas generales que para la sociedad suponían la «ilustración» o la «planificación», que por las ventajas prácticas que la adopción de tales métodos suponía para el aumento de sus ingresos, riqueza y poder.

Por el contrario, las clases medias y educadas con tendencia al progreso consideraban a menudo el poderoso aparato centralista de una monarquía «ilustrada» como la mejor posibilidad de lograr sus esperanzas. Un príncipe necesitaba de una clase media y de sus ideas para modernizar su régimen; una clase media débil necesitaba un príncipe para abatir la resistencia al progreso de unos intereses aristocráticos y clericales sólidamente atrincherados.

Pero la monarquía absoluta, a pesar de ser modernista e innovadora, no podía —y tampoco daba muchas señales de quererlo— zafarse de la jerarquía de los nobles terratenientes, cuyos valores simbolizaba e incorporaba, y de los que dependía en gran parte. La monarquía absoluta, teóricamente libre para hacer cuanto quisiera, per-

tenecía en la práctica al mundo bautizado por la Ilustración con el nombre de *feudalidad* o feudalismo, vocablo que luego popularizaría la Revolución francesa. Semejante monarquía estaba dispuesta a utilizar todos los recursos posibles para reforzar su autoridad y sus rentas dentro de sus fronteras y su poder fuera de ellas, lo cual podía muy bien llevarla a mimar a las que eran, en efecto, las fuerzas ascendentes de la sociedad. Estaba dispuesta a reforzar su posición política enfrentando a unas clases, fundos o provincias contra otros. Pero sus horizontes eran los de su historia, su función y su clase. Difícilmente podía desear, y de hecho jamás la realizaría, la total transformación económica y social exigida por el progreso de la economía y los grupos sociales ascendentes.

Pongamos un ejemplo. Pocos pensadores racionalistas, incluso entre los consejeros de los príncipes, dudaban seriamente de la necesidad de abolir la servidumbre y los lazos de dependencia feudal que aún sujetaban a los campesinos. Esta reforma era reconocida como uno de los primeros puntos de cualquier programa «ilustrado», y virtualmente no hubo soberano desde Madrid hasta San Petersburgo y desde Nápoles hasta Estocolmo que en el cuarto de siglo anterior a la Revolución francesa no suscribiera uno de estos programas. Sin embargo, las únicas liberaciones verdaderas de campesinos realizadas antes de 1789 tuvieron lugar en pequeños países como Dinamarca y Saboya, o en las posesiones privadas de algunos otros príncipes. Una liberación más amplia fue intentada en 1781 por el emperador José II de Austria, pero fracasó frente a la resistencia política de determinados intereses y la rebelión de los propios campesinos para quienes había sido concebida, quedando incompleta. Lo que aboliría las relaciones feudales agrarias en toda Europa central y occidental sería la Revolución francesa, por acción directa, reacción o ejemplo, y luego la revolución de 1848.

Existía, pues, un latente —que pronto sería abierto— conflicto entre las fuerzas de la vieja sociedad y la nueva sociedad «burguesa», que no podía resolverse dentro de las armazones de los regímenes políticos existentes, con la excepción de los sitios en donde ya habían triunfado los elementos burgueses, como en Inglaterra. Lo que hacía a esos regímenes más vulnerables todavía, era que estaban sometidos a diversas presiones: la de las nuevas fuerzas, la de la tenaz y creciente resistencia de los viejos intereses y la de los rivales extranjeros.

Su punto más vulnerable era aquel en el que la oposición antigua y nueva tendían a coincidir: en los movimientos autonomistas de las colonias o provincias más remotas y menos firmemente controladas. Así, en la monarquía de los Habsburgos, las reformas de José II hacia 1780 originaron tumultos en los Países Bajos austríacos —la actual Bélgica— y un movimiento revolucionario que en 1789 se unió naturalmente al de Francia. Con más intensidad, las comunidades blancas en las colonias ultramarinas de los países europeos se oponían a la política de sus gobiernos centrales, que subordinaba los intereses estrictamente coloniales a los de la metrópoli. En todas partes de las Américas —española, francesa e inglesa—, lo mismo que en Irlanda, se produjeron movimientos que pedían autonomía —no siempre por

regímenes que representaban fuerzas más progresivas económicamente que las de las metrópolis—, y varias colonias o la consiguieron por vía pacífica durante algún tiempo, como Irlanda, o la obtuvieron por vía revolucionaria, como los Estados Unidos. La expansión económica, el desarrollo colonial y la tensión de las proyectadas reformas del «despotismo ilustrado» multiplicaron la ocasión de tales conflictos entre los años 1770 y 1790.

La disidencia provincial o colonial no era fatal en sí. Las sólidas monarquías antiguas podían soportar la pérdida de una o dos provincias, y la víctima principal del autonomismo colonial —Inglaterra— no sufrió las debilidades de los viejos regímenes, por lo que permaneció tan estable y dinámica a pesar de la revolución americana. Había pocos países en donde concurrieran las condiciones puramente domésticas para una amplia transferencia de los poderes. Lo que hacía explosiva la situación era la rivalidad internacional.

La extrema rivalidad internacional —la guerra— ponía a prueba los recursos de un Estado. Cuando era incapaz de soportar esa prueba, se tambaleaba, se resquebrajaba o caía. Una tremenda serie de rivalidades políticas imperó en la escena internacional europea durante la mayor parte del siglo XVIII, alcanzando sus períodos álgidos de guerra general en 1689-1713, 1740-1748, 1756-1763, 1776-1783 y sobre todo en la época que estudiamos, 1792-1815. Este último fue el gran conflicto entre Gran Bretaña y Francia, que también, en cierto sentido, fue el conflicto entre los viejos y los nuevos regímenes. Pues Francia, aun suscitando la hostilidad británica por la rápida expansión de su comercio y su imperio colonial, era también la más poderosa, eminente e influyente, y, en una palabra, la clásica monarquía absoluta y aristocrática. En ninguna ocasión se hace más manifiesta la superioridad del nuevo sobre el viejo orden social que en el conflicto entre ambas potencias. Los ingleses no sólo vencieron más o menos decisivamente en todas esas guerras excepto una, sino que soportaron el esfuerzo de su organización, sostenimiento y consecuencias con relativa facilidad. En cambio, para la monarquía francesa, aunque más grande, más populosa y más provista de recursos que la inglesa, el esfuerzo fue demasiado grande. Después de su derrota en la Guerra de los Siete Años (1756-1763), la rebelión de las colonias americanas le dio oportunidad de cambiar las tornas para con su adversario. Francia la aprovechó. Y naturalmente, en el subsiguiente conflicto internacional Inglaterra fue duramente derrotada, perdiendo la parte más importante de su imperio americano, mientras Francia, aliada de los nuevos Estados Unidos, resultó victoriosa. Pero el coste de esta victoria fue excesivo, y las dificultades del gobierno francés desembocaron inevitablemente en un período de crisis política interna, del que seis años más tarde saldría la revolución.

entre Europa (o más concretamente la Europa occidental del Norte) y el resto del mundo. El completo dominio político y militar del mundo por Europa (y sus prolongaciones ultramarinas, las comunidades de colonos blancos) iba a ser el producto de la época de la doble revolución. A finales del siglo XVIII, en varias de las grandes potencias y civilizaciones no europeas, todavía se consideraba iguales al mercader, al marino y al soldado blancos. El gran Imperio chino, entonces en la cima de su poderío bajo la dinastía manchú (Ch'ing), no era víctima de nadie. Al contrario, una parte de la influencia cultural corría desde el Este hacia el Oeste, y los filósofos europeos ponderaban las lecciones de aquella civilización distinta pero evidentemente refinada, mientras los artistas y artesanos copiaban los motivos —a menudo ininteligibles— del Extremo Oriente en sus obras y adaptaban sus nuevos materiales (porcelana) a los usos europeos. Las potencias islámicas (como Turquía), aunque sacudidas periódicamente por las fuerzas militares de los Estados europeos vecinos (Austria y sobre todo Rusia), distaban mucho de ser los pueblos desvalidos en que se convertirían en el siglo XIX. África permanecía virtualmente inmune a la penetración militar europea. Excepto en algunas regiones alrededor del Cabo de Buena Esperanza, los blancos estaban confinados en las factorías comerciales costeras.

Sin embargo, ya la rápida y creciente expansión del comercio y las empresas capitalistas europeas socavaban su orden social; en África, a través de la intensidad sin precedentes del terrible tráfico de esclavos; en el Océano Índico, a través de la penetración de las potencias colonizadoras rivales, y en el Oriente Cercano y Medio, a través de los conflictos comerciales y militares. La conquista europea directa ya empezaba a extenderse significativamente más allá del área ocupada desde hacía mucho tiempo por la primitiva colonización de los españoles y los portugueses en el siglo XVI, y los emigrados blancos en Norteamérica en el XVII. El avance crucial lo hicieron los ingleses, que ya habían establecido un control territorial directo sobre parte de la India (Bengala principalmente) y virtual sobre el Imperio moghal, lo que, dando un paso más, los llevaría en el período estudiado por nosotros a convertirse en gobernadores y administradores de toda la India. La relativa debilidad de las civilizaciones no europeas cuando se enfrentaran con la superioridad técnica y militar de Occidente estaba prevista. La que ha sido llamada «la época de Vasco de Gama», las cuatro centurias de historia universal durante las cuales un puñado de Estados europeos y la fuerza del capitalismo europeo estableció un completo, aunque temporal —como ahora se ha demostrado—, dominio del mundo, estaba a punto de alcanzar su momento culminante. La doble revolución iba a hacer irresistible la expansión europea, aunque también iba a proporcionar al mundo no europeo las condiciones y el equipo para lanzarse al contraataque.

CAPÍTULO 2

La revolución industrial

Tales trabajos, a pesar de sus operaciones, causas y consecuencias, tienen un mérito infinito y acreditan los talentos de este hombre ingenioso y práctico, cuya voluntad tiene el mérito, donde quiera que va, de hacer pensar a los hombres... Liberadlos de esa indiferencia perezosa, soñolienta y estúpida, de esa ociosa negligencia que los encadena a los senderos trillados de sus antepasados, sin curiosidad, sin imaginación y sin ambición, y tened la seguridad de hacer el bien. ¡Qué serie de pensamientos, qué espíritu de lucha, qué masa de energía y esfuerzo ha brotado en cada aspecto de la vida, de las obras de hombres como Brindley, Watt, Priestley, Harrison, Arkwright...! ¿En qué campo de la actividad podríamos encontrar un hombre que no se sintiera animado en sus ocupaciones contemplando la máquina de vapor de Watt?

ARTHUR YOUNG: *Tours in England and Wales*¹

Desde esta sucia acequia la mayor corriente de industria humana saldría para fertilizar al mundo entero. Desde esta charca corrompida brotaría oro puro. Aquí la humanidad alcanza su más completo desarrollo. Aquí la civilización realiza sus milagros y el hombre civilizado se convierte casi en un salvaje.

A. DE TOCQUEVILLE, sobre Manchester, en 1835²

1

Vamos a empezar con la revolución industrial, es decir, con la inglesa. A primera vista es un punto de partida caprichoso, pues las repercusiones de esta revolución no se hicieron sentir de manera inequívoca —y menos aún fuera de Inglaterra— hasta muy avanzado ya el período que estudiamos; seguramente no antes de 1830, probablemente no antes de 1840. Sólo en 1830 la literatura y las artes empiezan a sentirse atraídas por la ascensión de la sociedad capitalista, por ese mundo en el que todos los lazos sociales se aflojan salvo los implacables nexos del oro y los pagarés (la frase es de Carlyle). *La comedia humana* de Balzac, el monumento más extraordinario dedicado a esa ascensión, pertenece a esta década. Pero hasta cerca de 1840 no empieza a producirse la gran corriente de literatura oficial y no oficial sobre los efectos sociales de la revolución industrial: los grandes *Bluebooks* (Libros Azules) e investigaciones estadísticas en Inglaterra, el *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers* de Villermé, la

Condition of the Working Class in England de Engels, la obra de Ducpetiaux en Bélgica y los informes de observadores inquietos u horroizados viajeros desde Alemania a España y a los Estados Unidos. Hasta 1840, el proletariado —ese hijo de la revolución industrial— y el comunismo, unido ahora a sus movimientos sociales —el fantasma del *Manifiesto comunista*—, no se ponen en marcha sobre el continente. El mismo nombre de revolución industrial refleja su impacto relativamente tardío sobre Europa. La cosa existía en Inglaterra antes que el nombre. Hacia 1820, los socialistas ingleses y franceses —que formaban un grupo sin precedentes— lo inventaron probablemente por analogía con la revolución política de Francia³.

No obstante, conviene considerarla antes, por dos razones. Primero, porque en realidad «estalló» antes de la toma de la Bastilla; y luego, porque sin ella no podríamos comprender el impersonal sub-suelo de la historia en el que nacieron los hombres y se produjeron los sucesos más singulares de nuestro período; la desigual complejidad de su ritmo.

¿Qué significa la frase «estalló la revolución industrial»? Significa que un día entre 1780 y 1790, y por primera vez en la historia humana, se liberó de sus cadenas al poder productivo de las sociedades humanas, que desde entonces se hicieron capaces de una constante, rápida y hasta el presente ilimitada multiplicación de hombres, bienes y servicios. Esto es lo que ahora se denomina técnicamente por los economistas el «take-off into self-sustained growth». Ninguna sociedad anterior había sido capaz de romper los muros que una estructura social preindustrial, una ciencia y una técnica defectuosas, el paro, el hambre y la muerte imponían periódicamente a la producción. El «take-off» no fue, desde luego, uno de esos fenómenos que, como los terremotos y los cometas, sorprenden al mundo no técnico. Su prehistoria en Europa puede remontarse, según el gusto del historiador y su clase de interés, al año 1000, si no antes, y sus primeros intentos para saltar al aire —torpes, como los primeros pasos de un patito— ya hubieran podido recibir el nombre de «revolución industrial» en el siglo XIII, en el XVI y en las últimas décadas del XVII. Desde mediados del XVIII, el proceso de aceleración se hace tan patente que los antiguos historiadores tendían a atribuir a la revolución industrial la fecha inicial de 1760. Pero un estudio más detenido ha hecho a los expertos preferir como decisiva la década de 1780 a la de 1760, por ser en ella cuando los índices estadísticos tomaron el súbito, intenso y casi vertical impulso ascendente que caracteriza al «take-off». La economía emprendió el vuelo.

Llamar revolución industrial a este proceso es algo lógico y conforme a una tradición sólidamente establecida, aunque algún tiempo hubo una tendencia entre los historiadores conservadores —quizá debida a cierto temor en presencia de conceptos incendiarios— a negar su existencia y a sustituir el término por otro más apacible, como, por ejemplo, «evolución acelerada». Si la súbita, cualitativa y fundamental transformación verificada hacia 1780 no fue una revolución, la palabra carece de un significado sensato. Claro que la revolución industrial no fue un episodio con principio y fin. Preguntar cuándo

se completó es absurdo, pues su esencia era que, en adelante, nuevos cambios revolucionarios constituyeran su norma. Y así sigue siendo; a lo sumo podemos preguntarnos si las transformaciones económicas fueron lo bastante lejos como para establecer una economía industrializada, capaz de producir —hablando en términos generales— todo cuanto desea, dentro del alcance de las técnicas disponibles, una «madura economía industrial», por utilizar el término técnico. En Inglaterra, y por tanto en todo el mundo, este período inicial de industrialización coincide probablemente y casi con exactitud con el período que abarca este libro, pues si empezó con el «take-off» en la década de 1780, podemos afirmar que concluyó con la construcción del ferrocarril y la creación de una fuerte industria pesada en Inglaterra en la década de 1840. Pero la revolución en sí, el período de «take-off», puede datarse, con la precisión posible en tales materias, en los lustros que corren entre 1780 y 1800: es decir, simultáneamente, aunque con ligera prioridad, a la Revolución francesa.

Sea lo que fuere de estos cálculos fue probablemente el acontecimiento más importante de la historia del mundo y, en todo caso, desde la invención de la agricultura y las ciudades. Y lo inició Inglaterra. Lo cual, evidentemente, no fue fortuito.

Si en el siglo XVIII iba a celebrarse una carrera para iniciar la revolución industrial, sólo hubo en realidad un corredor que se adelantara. Había un gran avance industrial y comercial, impulsado por los ministros y funcionarios —inteligentes y nada cándidos en el aspecto económico— de cada monarquía ilustrada europea, desde Portugal hasta Rusia, todos los cuales sentían tanta preocupación por el «desarrollo económico» como la que pueden sentir los gobernantes de hoy. Algunos pequeños Estados y regiones alcanzaban una industrialización verdaderamente impresionante, como, por ejemplo, Sajonia y el obispado de Lieja, si bien sus complejos industriales eran demasiado pequeños y localizados para ejercer la revolucionaria influencia mundial de los ingleses. Pero parece claro que, incluso antes de la revolución, Inglaterra iba ya muy por delante de su principal competidora potencial, en cuanto a producción *per capita* y comercio.

Como quiera que fuere, el adelanto británico no se debía a una superioridad científica y técnica. En las ciencias naturales, seguramente los franceses superaban con mucho a los ingleses. La Revolución francesa acentuaría de modo notable esta ventaja, sobre todo en las matemáticas y en la física. Mientras el gobierno revolucionario francés estimulaba las investigaciones científicas, el reaccionario británico las consideraba peligrosas. Hasta en las ciencias sociales los ingleses estaban muy lejos de esa superioridad que hacía de las económicas un campo fundamentalmente anglosajón. La revolución industrial puso a estas ciencias en un primer lugar indiscutible. Los economistas de los años 1780 leían, sí, a Adam Smith, pero también —y quizá con más provecho— a los fisiócratas y a los expertos hacendistas franceses Quesnay, Turgot, Dupont de Nemours, Lavoisier, y tal vez a uno o dos italianos. Los franceses realizaban inventos más originales, como el telar Jacquard (1804), conjunto mecánico muy superior a cualquier

ra de los conocidos en Inglaterra, y construían mejores barcos. Los alemanes disponían de instituciones para la enseñanza técnica como la *Bergakademie* prusiana, sin igual en Inglaterra, y la Revolución francesa creó ese organismo impresionante y único que era la *Escuela Politécnica*. La educación inglesa era una broma de dudoso gusto, aunque sus deficiencias se compensaban en parte con las escuelas rurales y las austeras, turbulentas y democráticas Universidades calvinistas de Escocia, que enviaban una corriente de jóvenes brillantes, laboriosos y ambiciosos al país meridional. Entre ellos figuraban James Watt, Thomas Telford, Loudon McAdam, James Mill y otros. Oxford y Cambridge, las dos únicas Universidades inglesas, eran intelectualmente nulas, igual que las soñolientas escuelas públicas o de humanidades, con la excepción de las Academias fundadas por los disidentes, excluidos del sistema educativo anglicano. Incluso algunas familias aristocráticas que deseaban que sus hijos adquiriesen una buena educación, los confiaban a preceptores o los enviaban a las Universidades escocesas. En realidad, no hubo un sistema de enseñanza primaria hasta que el cuáquero Lancaster (y tras él sus rivales anglicanos) obtuvo abundantísima cosecha de graduados elementales a principios del siglo XIX, cargando incidentalmente para siempre de discusiones sectarias la educación inglesa. Los temores sociales frustraban la educación de los pobres.

Por fortuna, eran necesarios pocos refinamientos intelectuales para hacer la revolución industrial⁴. Sus inventos técnicos fueron sumamente modestos, y en ningún sentido superaron a los experimentos de los artesanos inteligentes en sus tareas, o las capacidades constructivas de los carpinteros, constructores de molinos y cerrajeros: la lanzadera volante, la máquina para hilar, el huso mecánico. Hasta su máquina más científica —la giratoria de vapor de James Watt (1784)— no requirió más conocimientos físicos de los asequibles en la mayor parte del siglo —la verdadera teoría de las máquinas de vapor sólo se desarrollaría «ex post facto» por el francés Carnot en 1820— y serían necesarias varias generaciones para su utilización práctica, sobre todo en las minas. Dadas las condiciones legales, las innovaciones técnicas de la revolución industrial se hicieron realmente a sí mismas, excepto quizá en la industria química. Lo cual no quiere decir que los primeros industriales no se interesaran con frecuencia por la ciencia y la búsqueda de los beneficios prácticos que ella pudiera proporcionarles⁵.

Pero las condiciones legales se dejaban sentir mucho en Inglaterra, en donde había pasado más de un siglo desde que el primer rey fue procesado en debida forma y ejecutado por su pueblo, y desde que el beneficio privado y el desarrollo económico habían sido aceptados como los objetivos supremos de la política gubernamental. Para fines prácticos, la única solución revolucionaria británica para el problema agrario ya había sido encontrada. Un puñado de terratenientes de mentalidad comercial monopolizaba casi la tierra, que era cultivada por arrendatarios que a su vez empleaban a gentes sin tierras o propietarios de pequeñísimas parcelas. Muchos residuos de la antigua economía aldeana subsistían todavía para ser barridos por las *En-*

closure Acts (1760-1830) y transacciones privadas, pero difícilmente se puede hablar de un «campesinado británico» en el mismo sentido en que se habla de un campesinado francés, alemán o ruso. Los arrendamientos rústicos eran numerosísimos y los productos de las granjas dominaban los mercados; la manufactura se había difundido hacia tiempo por el campo no feudal. La agricultura estaba preparada, pues, para cumplir sus tres funciones fundamentales en una era de industrialización: aumentar la producción y la productividad para alimentar a una población no agraria en rápido y creciente aumento; proporcionar un vasto y ascendente cupo de potenciales reclutas para las ciudades y las industrias, y suministrar un mecanismo para la acumulación de capital utilizable por los sectores más modernos de la economía. (Otras dos funciones eran probablemente menos importantes en la Gran Bretaña: la de crear un mercado suficientemente amplio entre la población agraria —normalmente la gran masa del pueblo— y la de proporcionar un excedente para la exportación que ayudase a las importaciones de capital.) Un considerable volumen de capital social —el costoso equipo general necesario para poner en marcha toda la economía— ya estaba siendo constituido, principalmente en buques, instalaciones portuarias y mejoras de caminos y canales. La política estaba ya engranada con los beneficios. Las peticiones específicas de los hombres de negocios podían encontrar resistencia en otros grupos de intereses; y como veremos más adelante, los agricultores iban a alzar una última barrera para impedir el avance de los industriales entre 1795 y 1846. Sin embargo, en conjunto se aceptaba que el dinero no sólo hablaba, sino que gobernaba. Todo lo que un industrial necesitaba adquirir para ser admitido entre los regidores de la sociedad, era bastante dinero.

El hombre de negocios estaba indudablemente en un proceso de ganar más dinero, pues la mayor parte del siglo XVIII fue para casi toda Europa un período de prosperidad y de cómoda expansión económica: el verdadero fondo para el dichoso optimismo del volteriano doctor Pangloss. Se puede argüir que más pronto o más temprano esta expansión, ayudada por una suave inflación, habría impulsado a otros países a cruzar el umbral que separa a la economía preindustrial de la industrial. Pero el problema no es tan sencillo. Una gran parte de la expansión industrial del siglo XVIII no condujo de hecho, inmediatamente o dentro del futuro previsible, a la *revolución industrial*, por ejemplo, a la creación de un sistema de «talleres mecanizados» que a su vez produjeran tan gran cantidad de artículos disminuyendo tanto su coste como para no depender más de la demanda existente, sino para crear su propio mercado⁶. Así, por ejemplo, la rama de la construcción, o las numerosas industrias menores que producían utensilios domésticos de metal —clavos, navajas, tijeras, cacharros, etc.— en los Midlands ingleses y en el Yorkshire, alcanzaron gran expansión en este período, pero siempre en función de un mercado existente. En 1850, produciendo mucho más que en 1750, seguían haciéndolo a la manera antigua. Lo que necesitaban no era cualquier clase de expansión, sino la clase especial de expansión que generaba Manchester más bien que Birmingham.

Por otra parte, las primeras manifestaciones de la revolución industrial ocurrieron en una situación histórica especial, en la que el crecimiento económico surgía de las decisiones entrecruzadas de innumerables empresarios privados e inversores, regidos por el principal imperativo de la época: comprar en el mercado más barato para vender en el más caro. ¿Cómo iban a imaginar que obtendrían el máximo beneficio de una revolución industrial organizada en vez de unas actividades mercantiles familiares, más provechosas en el pasado? ¿Cómo iban a saber lo que nadie sabía todavía, es decir, que la revolución industrial produciría una aceleración sin igual en la expansión de sus mercados? Dado que ya se habían puesto los principales cimientos sociales de una sociedad industrial —como había ocurrido en la Inglaterra de finales del siglo XVIII—, se requerían dos cosas: primero, una industria que ya ofrecía excepcionales retribuciones para el fabricante que pudiera aumentar rápidamente su producción total, si era menester, con innovaciones razonablemente baratas y sencillas, y segundo, un mercado *mundial* ampliamente monopolizado por la producción de una sola nación? —→ me quede P.H.s.

Estas consideraciones son aplicables en cierto modo a todos los países en el período que estudiamos. Por ejemplo, en todos ellos se pusieron a la cabeza del crecimiento industrial los fabricantes de mercancías de consumo de masas —principal, aunque no exclusivamente, textiles—, porque ya existía el gran mercado para tales mercancías y los negociantes pudieron ver con claridad sus posibilidades de expansión. No obstante, en otros aspectos sólo pueden aplicarse a Inglaterra, pues los primitivos industrializadores se enfrentaron con los problemas más difíciles. Una vez que la Gran Bretaña empezó a industrializarse, otros países empezaron a disfrutar de los beneficios de la rápida expansión económica estimulada por la vanguardia de la revolución industrial. Además, el éxito británico demostró lo que podía conseguirse: la técnica británica se podía imitar, e importarse la habilidad y los capitales ingleses. La industria textil sajona, incapaz de hacer sus propios inventos, copió los de los ingleses, a veces bajo la supervisión de mecánicos británicos; algunos ingleses aficionados al continente, como los Cockerill, se establecieron en Bélgica y en algunos puntos de Alemania. Entre 1789 y 1848, Europa y América se vieron inundadas de expertos, máquinas de vapor, maquinaria algodonera e inversiones de capital, todo ello británico.

Inglaterra no disfrutaba de tales ventajas. Por otra parte, tenía una economía lo bastante fuerte y un Estado lo bastante agresivo para apoderarse de los mercados de sus competidores. En efecto, las guerras de 1793-1815, última y decisiva fase del duelo librado durante un siglo por Francia e Inglaterra, eliminaron virtualmente a todos los rivales en el mundo extraeuropeo, con la excepción de los jóvenes Estados Unidos. Además, Inglaterra poseía una industria admirablemente equipada para acaudillar la revolución industrial en las circunstancias capitalistas, y una coyuntura económica que se lo permitía: la industria algodonera y la expansión colonial.

La industria británica, como todas las demás industrias algodoneras, tuvo su origen como un subproducto del comercio ultramarino, que producía su material crudo (o más bien uno de sus materiales crudos, pues el producto original era el *fustán*, mezcla de algodón y lino), y los artículos de algodón indio o *indianas*, que ganaron los mercados, de los que los fabricantes europeos intentarían apoderarse con sus imitaciones. En un principio no tuvieron éxito, aunque fueran más capaces de reproducir a precios de competencia las mercancías más toscas y baratas que las finas y costosas. Sin embargo, por fortuna, los antiguos y poderosos magnates del comercio de lanas conseguían periódicamente la prohibición de importar los *calicoes* o *indianas* (que el interés puramente mercantil de la East India Company —Compañía de las Indias Orientales— trataba de exportar desde la India en la mayor cantidad posible), dando así oportunidades a los sucedáneos que producía la industria nativa del algodón. Más baratos que la lana, el algodón y las mezclas de algodón no tardaron en obtener en Inglaterra un mercado modesto, pero beneficioso. Pero sus mayores posibilidades para una rápida expansión estaban en ultramar.

El comercio colonial había creado la industria del algodón y continuaba nutriéndola. En el siglo XVIII se desarrolló en el «hinterland» de los mayores puertos coloniales, como Bristol, Glasgow y especialmente Liverpool, el gran centro de comercio de esclavos. Cada fase de este inhumano pero rápidamente próspero tráfico, parecía estimular aquélla. De hecho, durante todo el período a que este libro se refiere, la esclavitud y el algodón marcharon juntos. Los esclavos africanos se compraban, al menos en parte, con algodón indio; pero cuando el suministro de éste se interrumpía por guerras o revueltas en la India o en otras partes, el Lancashire salía a la palestra. Las plantaciones de las Indias Occidentales, adonde los esclavos eran llevados, proporcionaban la cantidad de algodón en bruto suficiente para la industria británica, y en compensación los plantadores compraban grandes cantidades de algodón elaborado en Manchester. Hasta poco antes del «take-off», el volumen principal de exportaciones de algodón del Lancashire iba a los mercados combinados de África y América⁹. El Lancashire recompensaría más tarde su deuda a la esclavitud conservándola, pues a partir de 1790 las plantaciones de esclavos de los Estados Unidos del Sur se extenderían y mantendrían por las insaciables y fabulosas demandas de los telares del Lancashire, a los que proporcionaban la casi totalidad de sus cosechas de algodón.

De este modo, la industria del algodón fue lanzada como un planeador por el impulso del comercio colonial al que estaba ligada; un comercio que prometía no sólo una grande, sino también una rápida y sobre todo imprevisible expansión que incitaba a los empresarios a adoptar las técnicas revolucionarias para conseguirla. Entre 1750 y 1769, la exportación de algodones británicos aumentó más de diez veces. En tal situación, las ganancias para el hombre que llegará primero al mercado con sus remesas de algodón eran astronómicas y compensaban los riesgos inherentes a las aventuras técnicas. Pero el

mercado ultramarino, y especialmente el de las pobres y atrasadas «zonas subdesarrolladas», no sólo aumentaba dramáticamente de cuando en cuando, sino que se extendía constantemente sin límites aparentes. Sin duda, cualquier sección de él, considerada aisladamente, era pequeña para la escala industrial, y la competencia de las «economías avanzadas» lo hacía todavía más pequeño para cada una de éstas. Pero, como hemos visto, suponiendo a cualquiera de esas economías avanzadas preparada, para un tiempo suficientemente largo, a monopolizarlo *todo* o casi todo, sus perspectivas eran realmente ilimitadas. Esto es precisamente lo que consiguió la industria británica del algodón, ayudada por el agresivo apoyo del gobierno inglés. En términos mercantiles, la revolución industrial puede considerarse, salvo en unos cuantos años iniciales, hacia 1780-1790, como el triunfo del mercado exterior sobre el interior: en 1814 Inglaterra exportaba cuatro yardas de tela de algodón por cada tres consumidas en ella; en 1850, trece por cada ocho¹⁰. Y dentro de esta creciente marea de exportaciones, la importancia mayor la adquirirían los mercados coloniales o semicoloniales que la metrópoli tenía en el exterior. Durante las guerras napoleónicas, en que los mercados europeos estuvieron cortados por el bloqueo, esto era bastante natural. Pero una vez terminadas las guerras, aquellos mercados continuaron afirmándose. En 1820, abierta Europa de nuevo a las importaciones británicas, consumió 128 millones de yardas de algodones ingleses, y América —excepto los Estados Unidos—, África y Asia consumieron 80 millones; pero en 1840 Europa consumiría 200 millones de yardas, mientras las «zonas subdesarrolladas» consumirían 529 millones.

Dentro de estas zonas, la industria británica había establecido un monopolio a causa de la guerra, las revoluciones de otros países y su propio gobierno imperial. Dos regiones merecen un examen particular. Hispanoamérica vino a depender virtualmente casi por completo de las importaciones británicas durante las guerras napoleónicas, y después de su ruptura con España y Portugal se convirtió casi por completo en una dependencia económica de Inglaterra, aislada de cualquier interferencia política de los posibles competidores de este último país. En 1820, el empobrecido continente adquiría ya una cuarta parte más de telas de algodón inglés que Europa; en 1840 adquiría la mitad que Europa. Las Indias Orientales habían sido, como hemos visto, el exportador tradicional de mercancías de algodón, impulsadas por la Compañía de las Indias. Pero cuando los nuevos intereses industriales predominaron en Inglaterra, los intereses mercantiles de las Indias Orientales se vinieron abajo. La India fue sistemáticamente desindustrializada y se convirtió a su vez en un mercado para los algodones del Lancashire: en 1820, el subcontinente asiático compró sólo 11 millones de yardas; pero en 1840 llegó a adquirir 145 millones. Esto suponía no sólo una satisfactoria extensión de mercados para el Lancashire, sino también un hito importantísimo en la historia del mundo, pues desde los más remotos tiempos Europa había importado siempre de Oriente mucho más de lo que allí vendía, por ser poco lo que los mercados orientales pedían a Occidente a cambio de las especias, sedas, indianas, joyas, etc., que se compraban allí. Por pri-

mera vez las telas de algodón para camisas de la revolución industrial trastocaban esas relaciones que hasta ahora se habían equilibrado por una mezcla de exportaciones de metal y latrocinios. Solamente la conservadora y autárquica China se negaba a comprar lo que Occidente o las economías controladas por Occidente le ofrecían, hasta que, entre 1815 y 1842, los comerciantes occidentales, ayudados por los cañoneros occidentales, descubrieron un producto ideal que podría ser exportado en masa desde la India a Oriente: el opio.

El algodón, por todo ello, ofrecía unas perspectivas astronómicas para tentar a los negociantes particulares a emprender la aventura de la revolución industrial, y una expansión lo suficientemente rápida como para requerir esa revolución. Pero, por fortuna, también ofrecía las demás condiciones que la hacían posible. Los nuevos inventos que lo revolucionaron —las máquinas de hilar, los husos mecánicos, y un poco más tarde los poderosos telares— eran relativamente sencillos y baratos y compensaban en seguida sus gastos de instalación con una altísima producción. Podían ser instalados —si era preciso, gradualmente— por pequeños empresarios que empezaban con unas cuantas libras prestadas, pues los hombres que controlaban las grandes concentraciones de riqueza del siglo XVIII no eran muy partidarios de invertir cantidades importantes en la industria. La expansión de la industria pudo financiarse fácilmente al margen de las ganancias corrientes, pues la combinación de sus conquistas de vastos mercados y una continua inflación de precios produjo fantásticos beneficios. «No fueron el cinco o el diez por ciento, sino centenares y millares por ciento los que hicieron las fortunas del Lancashire» —diría más tarde, con razón, un político inglés—. En 1789, un ex ayudante de pañero como Robert Owen podría empezar en Manchester con cien libras prestadas y en 1809 adquirir la parte de sus socios en la empresa *New Lanark Mills* por 84.000 libras en dinero contante y sonante. Y éste fue un episodio relativamente modesto en la historia de los negocios afortunados. Téngase en cuenta que, hacia 1800, menos del 15 por 100 de las familias británicas tenían una renta superior a cincuenta libras anuales, y de ellas sólo una cuarta parte superaba las doscientas libras por año¹¹.

Pero la fabricación del algodón tenía otras ventajas. Toda la materia prima venía de fuera, por lo cual su abastecimiento podía aumentarse con los drásticos procedimientos utilizados por los blancos en las colonias —esclavitud y apertura de nuevas áreas de cultivo— más bien que con los lentísimos procedimientos de la agricultura europea. Tampoco se veía estorbado por los tradicionales intereses de los agricultores europeos¹². Desde 1790 la industria algodонера británica encontró su suministro, al cual permaneció ligada su fortuna hasta 1860, en los recién abiertos Estados del Sur de los Estados Unidos. De nuevo, entonces, en un momento crucial de la manufactura (singularmente en el hilado) el algodón padeció las consecuencias de una merma de trabajo barato y eficiente, viéndose impulsado a la mecanización total. Una industria como la del lino, que en un principio tuvo muchas más posibilidades de expansión colonial que el algodón, adoleció a la larga de la facilidad con que su barata y no meca-

nizada producción pudo extenderse por las empobrecidas regiones campesinas (principalmente en Europa central, pero también en Irlanda) en las que florecía sobre todo. Pues el camino evidente de la expansión industrial en el siglo XVIII, tanto en Sajonia y Normandía como en Inglaterra, era no construir talleres, sino extender el sistema llamado «doméstico», en el que los trabajadores —unas veces antiguos artesanos independientes, otras, campesinos con tiempo libre en la estación muerta— elaboraban el material en bruto en sus casas, con sus utensilios propios o alquilados, recibéndolo de y entregándolo de nuevo a los mercaderes, que estaban a punto de convertirse en empresarios¹³. Claro está que, tanto en Inglaterra como en el resto del mundo económicamente progresivo, la principal expansión en el período inicial de industrialización continuó siendo de esta clase. Incluso en la industria del algodón, esos procedimientos se extendieron mediante la creación de grupos de tejedores manuales domésticos que servían a los núcleos de los telares mecánicos, por ser el trabajo manual primitivo más eficiente que el de las máquinas. En todas partes, el tejer se mecanizó al cabo de una generación, y en todas partes los tejedores manuales murieron lentamente, a veces rebelándose contra su terrible destino, cuando ya la industria no los necesitaba para nada.

Así, pues, la opinión tradicional que ha visto en el algodón el primer paso de la revolución industrial inglesa es acertada. El algodón fue la primera industria revolucionada y no es fácil ver que otra hubiera podido impulsar a los patronos de empresas privadas a una revolución. En 1830, la algodonera era la única industria británica en la que predominaba el taller o «hilandería» (nombre este último derivado de los diferentes establecimientos preindustriales que emplearon una potente maquinaria). Al principio (1780-1815) estas máquinas se dedicaban a hilar, cardar y realizar algunas otras operaciones secundarias; después de 1815 se ampliaron también para el tejido. Las fábricas a las que las nuevas disposiciones legales —Factory Acts— se referían, fueron, hasta 1860-1870, casi exclusivamente talleres textiles, con absoluto predominio de los algodoneros. La producción fabril en las otras ramas textiles se desarrolló lentamente antes de 1840, y en las demás manufacturas era casi insignificante. Incluso las máquinas de vapor, utilizadas ya por numerosas industrias en 1815, no se empleaban mucho fuera de la de la minería. Puede asegurarse que las palabras «industria» y «fábrica» en su sentido moderno se aplicaban casi exclusivamente a las manufacturas del algodón en el Reino Unido.

Esto no es subestimar los esfuerzos realizados para la renovación industrial en otras ramas de la producción, sobre todo en las demás textiles,¹⁴ en las de la alimentación y bebidas, en la construcción de utensilios domésticos, muy estimuladas por el rápido crecimiento de las ciudades. Pero, en primer lugar, todas ellas empleaban a muy

poca gente: ninguna de ellas se acercaba ni remotamente al millón y medio de personas directa o indirectamente empleadas en la industria del algodón en 1833¹⁵. En segundo lugar, su poder de transformación era mucho más pequeño: la industria cervecera, que en muchos aspectos técnicos y científicos estaba más avanzada y mecanizada, y hasta revolucionada antes que la del algodón, escasamente afectó a la economía general, como lo demuestra la gran cervecera Guinness de Dublín que dejó al resto de la economía dublinaesa e irlandesa (aunque no los gustos locales) lo mismo que estaba antes de su creación¹⁶. La demanda derivada del algodón —en cuanto a la construcción y demás actividades en las nuevas zonas industriales, en cuanto a máquinas, adelantos químicos, alumbrado industrial, buques, etc.— contribuyó en cambio en gran parte al progreso económico de Inglaterra hasta 1830. En tercer lugar, la expansión de la industria algodonera fue tan grande y su peso en el comercio exterior británico tan decisivo, que dominó los movimientos de la economía total del país. La cantidad de algodón en bruto importado en Inglaterra subió desde 11 millones de libras en 1785 a 588 millones en 1850; la producción total de telas, desde 40 millones a 2.025 millones de yardas¹⁷. Las manufacturas de algodón representaron entre el 40 y el 50 por 100 del valor de todas las exportaciones inglesas entre 1816 y 1848. Si el algodón prosperaba, prosperaba la economía; si decaía, languidecía esa economía. Sus oscilaciones de precios determinaban el equilibrio del comercio nacional. Sólo la agricultura tenía una fuerza comparable, aunque declinaba visiblemente.

No obstante, aunque la expansión de la industria algodonera y de la economía industrial dominada por el algodón «superaba todo cuanto la imaginación más romántica hubiera podido considerar posible en cualquier circunstancia»¹⁸, su progreso distaba mucho de ser uniforme y en la década 1830-1840 suscitó los mayores problemas de crecimiento, sin mencionar el desasosiego revolucionario sin igual en ningún período de la historia moderna de la Gran Bretaña. Estos primeros tropiezos de la economía industrial capitalista se reflejaron en una marcada lentitud en el crecimiento y quizá incluso en una disminución de la renta nacional británica en dicho período¹⁹. Pero esta primera crisis general capitalista no fue un fenómeno puramente inglés.

Sus más graves consecuencias fueron sociales: la transición a la nueva economía creó miseria y descontento, materiales primordiales de la revolución social. Y en efecto, la revolución social estalló en la forma de levantamientos espontáneos de los pobres en las zonas urbanas e industriales, dio origen a las revoluciones de 1848 en el continente y al vasto movimiento cartista en Inglaterra. El descontento no se limitaba a los trabajadores pobres. Los pequeños e inadaptables negociantes, los pequeños burgueses y otras ramas especiales de la economía, resultaron también víctimas de la revolución industrial y de sus ramificaciones. Los trabajadores sencillos e incultos reaccionaron frente al nuevo sistema destrozando las máquinas que consideraban responsables de sus dificultades; pero también una cantidad —sorprendentemente grande— de pequeños patronos y granjeros sim-

CARTISMO

patizaron abiertamente con esas actitudes destructoras, por considerarse también víctimas de una diabólica minoría de innovadores egoístas. La explotación del trabajo que mantenía las rentas del obrero a un nivel de subsistencia, permitiendo a los ricos acumular los beneficios que financiaban la industrialización y aumentar sus comodidades, suscitaba el antagonismo del proletariado. Pero también otro aspecto de esta desviación de la renta nacional del pobre al rico, del consumo a la inversión, contrariaba al pequeño empresario. Los grandes financieros, la estrecha comunidad de los *rentistas* nacionales y extranjeros, que percibían lo que todos los demás pagaban de impuestos —alrededor de un 8 por 100 de toda la renta nacional²⁰—, eran quizá más impopulares todavía entre los pequeños negociantes, granjeros y demás que entre los braceros, pues aquéllos sabían de sobra lo que eran el dinero y el crédito para no sentir una rabia personal por sus perjuicios. Todo iba muy bien para los ricos, que podían encontrar cuanto crédito necesitaran para superar la rígida deflación y la vuelta a la ortodoxia monetaria de la economía después de las guerras napoleónicas; en cambio, el hombre medio era quien sufría y quien en todas partes y en todas las épocas del siglo XIX solicitaba, sin obtenerlos, un fácil crédito y una flexibilidad financiera²¹. Los obreros y los pequeños burgueses descontentos se encontraban al borde de un abismo y por ello mostraban el mismo descontento, que les uniría en los movimientos de masas del «radicalismo», la «democracia» o el «republicanismo», entre los cuales el radical inglés, el republicano francés y el demócrata jacksoniano americano serían los más formidables entre 1815 y 1848.

Sin embargo, desde el punto de vista de los capitalistas, esos problemas sociales sólo afectaban al progreso de la economía si, por algún horrible accidente, derrocaran el orden social establecido. Por otra parte, parecía haber ciertos fallos inherentes al proceso económico que amenazaban a su principal razón de ser: la ganancia. Si los réditos del capital se reducían a cero, una economía en la que los hombres producían sólo por la ganancia, volvería a aquel «estado estacionario» temido por los economistas²².

Los tres fallos más evidentes fueron el ciclo comercial de alza y baja, la tendencia de la ganancia a declinar y (lo que venía a ser lo mismo) la disminución de las oportunidades de inversiones provechosas. El primero de ellos no se consideraba grave, salvo por los críticos del capitalismo en sí, que fueron los primeros en investigarlo y considerarlo como parte integral del proceso económico del capitalismo y un síntoma de sus inherentes contradicciones²³. Las crisis periódicas de la economía que conducían al paro, a la baja de producción, a la bancarrota, etc., eran bien conocidas. En el siglo XVIII reflejaban, por lo general, alguna catástrofe agrícola (pérdida de cosechas, etc.), y, como se ha dicho, en el continente europeo, las perturbaciones agrarias fueron la causa principal de las más profundas depresiones hasta el final del período que estudiamos. También eran frecuentes en Inglaterra, al menos desde 1793, las crisis periódicas en los pequeños sectores fabriles y financieros. Después de las guerras napoleónicas, el drama periódico de las grandes subidas y caídas —en

1825-1826, en 1836-1837, en 1839-1842, en 1846-1848— dominaba claramente la vida económica de una nación en paz. En la década 1830-1840, la verdaderamente crucial en la época que estudiamos, ya se reconocía vagamente que eran un fenómeno periódico y regular, al menos en el comercio y en las finanzas²⁴. Sin embargo, se atribuían generalmente por los hombres de negocios a errores particulares —como, por ejemplo, la superespeculación en los depósitos americanos— o a interferencias extrañas en las plácidas operaciones de la economía capitalista sin creer que reflejaran alguna dificultad fundamental del sistema.

No así la disminución del margen de beneficios, como lo ilustra claramente la industria del algodón. Inicialmente, esta industria disfrutaba de inmensas ventajas. La mecanización aumentó mucho la productividad (por ejemplo, al reducir el costo por unidad producida) de los trabajadores, muy mal pagados en todo caso, y en gran parte mujeres y niños²⁵. De los 12.000 operarios de las fábricas de algodón de Glasgow en 1833, sólo 2.000 percibían un jornal de 11 chelines semanales. En 131 fábricas de Manchester los jornales eran inferiores a 12 chelines, y sólo en 21 superiores²⁶. Y la construcción de fábricas era relativamente barata: en 846, una nave para 410 máquinas, incluido el coste del suelo y las edificaciones, podía construirse por unas 11.000 libras esterlinas²⁷. Pero, por encima de todo, el mayor costo —el del material en bruto— fue drásticamente rebajado por la rápida expansión del cultivo del algodón en los Estados del Sur de Norteamérica después de inventar Eli Whitney en 1793 el almarrá. Si se añade que los empresarios gozaban de la bonificación de una provechosa inflación (es decir, la tendencia general de los precios a ser más altos cuando vendían sus productos que cuando los hacían), se comprenderá por qué los fabricantes se sentían boyantes.

Después de 1815 estas ventajas se vieron cada vez más neutralizadas por la reducción del margen de ganancias. En primer lugar, la revolución industrial y la competencia causaron una constante y dramática baja en el precio del artículo terminado, pero no en los diferentes costos de la producción²⁸. En segundo lugar, después de 1815, el ambiente general de los precios era de deflación y no de inflación, o sea, que las ganancias, lejos de gozar de un alza, padecían una ligera baja. Así, mientras en 1784 el precio de venta de una libra de hilaza era de 10 chelines con 11 peniques, y el costo de la materia bruta de dos chelines, dejando un margen de ganancia de 8 chelines y 11 peniques, en 1812 su precio de venta era de 2 chelines con 6 peniques, el costo del material bruto de 1 con 6 (margen de un chelín) y en 1832 su precio de venta 11 peniques y cuarto, el de adquisición de material en bruto de 7 peniques y medio y el margen de beneficio no llegaba a los 4 peniques²⁹. Claro que la situación, general en toda la industria británica —también en la avanzada—, no era del todo trágica. «Las ganancias son todavía suficientes —escribía el paladín e historiador del algodón en 1835 en un arranque de sinceridad— para permitir una gran acumulación de capital en la manufactura»³⁰. Como las ventas totales seguían ascendiendo, el total de ingresos ascendía también, aunque la unidad de ganancias fuera menor. Todo lo que

se necesitaba era continuar adelante hasta llegar a una expansión astronómica. Sin embargo, parecía que el retroceso de las ganancias tenía que detenerse o al menos atenuarse. Esto sólo podía lograrse reduciendo los costos. Y de todos los costos, el de los jornales —que McCulloch calculaba en tres veces el importe anual del material en bruto— era el que más se podía comprimir.

Podía comprimirse por una reducción directa de jornales, por la sustitución de los caros obreros expertos por mecánicos más baratos, y por la competencia de la máquina. Esta última redujo el promedio semanal del jornal de los tejedores manuales en Bolton de 33 chelines en 1795 y 14 en 1815 a 5 chelines y 6 peniques (o, más prácticamente, un ingreso neto de 4 chelines y un penique y medio), en 1829-1834³¹. Y los jornales en dinero siguieron disminuyendo en el período posnapoleónico. Pero había un límite fisiológico a tales reducciones, si no se quería que los trabajadores murieran de hambre, como les ocurrió a 500.000 tejedores manuales. Sólo si el costo de la vida descendía, podían descender más allá de ese punto los jornales. Los fabricantes de algodón opinaban que ese costo se mantenía artificialmente elevado por el monopolio de los intereses de los hacendados, agravado por las tremendas tarifas protectoras con las que un parlamento de terratenientes había envuelto a la agricultura británica después de las guerras —las *Corn Laws*, las leyes de cereales—. Lo cual tenía además la desventaja de amenazar el crecimiento esencial de las exportaciones inglesas. Pues si al resto del mundo todavía no industrializado se le impedía vender sus productos agrarios, ¿cómo iba a pagar los productos manufacturados que sólo Inglaterra podía y tenía que proporcionarle? Manchester se convirtió en el centro de una desesperada y creciente oposición militante al terratenientismo en general y a las *Corn Laws* en particular y en la espina dorsal de la Liga Anti-Corn Laws entre 1838-1846, fecha en que dichas leyes de cereales se abolieron, aunque su abolición no llevó inmediatamente a una baja del coste de vida, y es dudoso que antes de la época de los ferrocarriles y vapores hubiera podido bajarlo mucho incluso la libre importación de materias alimenticias.

Así, pues, la industria se veía obligada a mecanizarse (lo que reduciría los costos al reducir el número de obreros), a racionalizarse y a aumentar su producción y sus ventas, sustituyendo por un volumen de pequeños beneficios por unidad la desaparición de los grandes márgenes. Su éxito fue vario. Como hemos visto, el aumento efectivo en producción y exportación fue gigantesco; también, después de 1815, lo fue la mecanización de los oficios hasta entonces manuales o parcialmente mecanizados, sobre todo el de tejedor. Esta mecanización tomó principalmente más bien la forma de una adaptación o ligera modificación de la maquinaria ya existente que la de una absoluta revolución técnica. Aunque la presión para esta innovación técnica aumentara significativamente —en 1800-1820 hubo 39 patentes nuevas de telares de algodón, etc., 51 en 1820-1830, 86 en 1830-1840 y 156 en la década siguiente³²—, la industria algodonera británica se estabilizó tecnológicamente en 1830. Por otra parte, aunque la producción por operario aumentara en el período posnapoleó-

nico, no lo hizo con una amplitud revolucionaria. El verdadero y trascendental aumento de operaciones no ocurriría hasta la segunda mitad del siglo.

Una presión parecida había sobre el tipo de interés del capital, que la teoría contemporánea asimilaba al beneficio. Pero su examen nos lleva a la siguiente fase del desarrollo industrial: la construcción de una industria básica de bienes de producción.

4

Es evidente que ninguna economía industrial puede desenvolverse más allá de cierto punto hasta que posee una adecuada capacidad de bienes de producción. Por esto, todavía hoy el índice más seguro del poderío industrial de un país es la cantidad de su producción de hierro y acero. Pero también es evidente que, en las condiciones de la empresa privada, la inversión —sumamente costosa— de capital necesario para ese desenvolvimiento no puede hacerse fácilmente, por las mismas razones que la industrialización del algodón o de otras mercancías de mayor consumo. Para estas últimas, siempre existe —aunque sea en potencia— un mercado masivo: incluso los hombres más modestos llevan camisa, usan ropa de casa y muebles, y comen. El problema es, sencillamente, cómo encontrar con rapidez buenos y vastos mercados al alcance de los fabricantes. Pero semejantes mercados no existen, por ejemplo, para la industria pesada del hierro, pues sólo empiezan a existir en el transcurso de una revolución industrial (y no siempre), por lo que aquellos que emplean su dinero en las grandes inversiones requeridas incluso para montar fundiciones modestas (comparadas con las grandes fábricas de algodón), antes de que ese dinero sea visible, más parecen especuladores, aventureros o soñadores que verdaderos hombres de negocios. En efecto, una secta de tales aventureros especulativo-técnicos franceses —los saint-simonianos— actuaban como principales propagandistas de la clase de industrialización necesitada de inversiones fuertes y de largo alcance.

Estas desventajas concernían particularmente a la metalurgia, sobre todo a la del hierro. Su capacidad aumentó, gracias a unas pocas y sencillas innovaciones, como la pudelación y el laminado en la década 1780-1790, pero la demanda no militar era relativamente modesta, y la militar, aunque abundante gracias a una sucesión de guerras entre 1756 y 1815, remitió mucho después de Waterloo. Desde luego no era lo bastante grande para convertir a Inglaterra en un país que descollara en la producción de hierro. En 1790 superaba a Francia sólo en un 40 por 100, sobre poco más o menos, e incluso en 1800 su producción total era menos de la mitad de toda la continental junta, y no pasaba del cuarto de millón de toneladas. La participación inglesa en la producción mundial de hierro tendería a disminuir en las próximas décadas.

Afortunadamente no ocurría lo mismo con la minería, que era principalmente la de carbón. El carbón tenía la ventaja de ser no sólo la mayor fuente de poderío industrial del siglo XIX, sino también el

más importante combustible doméstico, gracias sobre todo a la relativa escasez de bosques en la Gran Bretaña. El crecimiento de las ciudades (y especialmente el de Londres) había hecho que la explotación de las minas de carbón se extendiera rápidamente desde el siglo XVI. A principios del siglo XVIII, era sustancialmente una primitiva industria moderna, empleando incluso las más antiguas máquinas de vapor (inventadas para fines similares en la minería de metales no ferrosos, principalmente en Cornualles) para sondeos y extracciones. De aquí que la industria carbonífera apenas necesitara o experimentara una gran revolución técnica en el periodo a que nos referimos. Sus innovaciones fueron más bien mejoras que verdaderas transformaciones en la producción. Pero su capacidad era ya inmensa y, a escala mundial, astronómica. En 1800, Inglaterra produjo unos diez millones de toneladas de carbón, casi el 90 por 100 de la producción mundial. Su más próximo competidor —Francia— produjo menos de un millón.

Esta inmensa industria, aunque probablemente no lo bastante desarrollada para una verdadera industrialización masiva a moderna escala, era lo suficientemente amplia para estimular la invención básica que iba a transformar a las principales industrias de mercancías: el ferrocarril. Las minas no sólo requerían máquinas de vapor en grandes cantidades y de gran potencia para su explotación, sino también unos eficientes medios de transporte para trasladar las grandes cantidades de carbón desde las galerías a la bocamina y especialmente desde ésta al punto de embarque. El «tranvía» o «ferrocarril» por el que corrieran las vagonetas era una respuesta evidente. Impulsar esas vagonetas por máquinas fijas era tentador; impulsarlas por máquinas móviles no parecía demasiado impracticable. Por otra parte, el coste de los transportes por tierra de mercancías voluminosas era tan alto, que resultaba facilísimo convencer a los propietarios de minas carboníferas en el interior de que la utilización de esos rápidos medios de transporte sería enormemente ventajosa para ellos. La línea férrea desde la zona minera interior de Durham hasta la costa (Stockton-Darlington, 1825) fue la primera de los modernos ferrocarriles. Técnicamente, el ferrocarril es el hijo de la mina, y especialmente de las minas de carbón del Norte de Inglaterra. George Stephenson empezó a ganarse la vida como maquinista en Tyneside, y durante varios años todos los conductores de locomotoras se reclutaban virtualmente en sus nativas zonas mineras.

Ninguna de las innovaciones de la revolución industrial encendería las imaginaciones como el ferrocarril, como lo demuestra el hecho de que es el único producto de la industrialización del siglo XIX plenamente absorbido por la fantasía de los poetas populares y literarios. Apenas se demostró en Inglaterra que era factible y útil (1825-1830), se hicieron proyectos para construirlo en casi todo el mundo occidental, aunque su ejecución se aplazara en muchos sitios. Las primeras líneas cortas se abrieron en los Estados Unidos en 1827, en Francia en 1828 y 1835, en Alemania y Bélgica en 1835 y en Rusia en 1837. La razón era indudablemente que ningún otro invento revelaba tan dramáticamente al hombre profano la fuerza y la

velocidad de la nueva época; revelación aún más sorprendente por la notable madurez técnica que demostraban incluso los primeros ferrocarriles. (Velocidades de sesenta millas a la hora, por ejemplo, eran perfectamente alcanzables en 1830-1840 y no fueron superadas por los ferrocarriles de vapor posteriores.) La locomotora lanzando al viento sus penachos de humo a través de países y continentes, los terraplenes y túneles, los puentes y estaciones, formaban un colosal conjunto, al lado del cual las Pirámides, los acueductos romanos e incluso la Gran Muralla de la China resultaban pálidos y provincianos. El ferrocarril constituía el gran triunfo del hombre por medio de la técnica.

Desde un punto de vista económico, su gran coste era su principal ventaja. Sin duda su capacidad para abrir caminos hacia países antes separados del comercio mundial por el alto precio de los transportes, el gran aumento en la velocidad y el volumen de las comunicaciones terrestres, tanto para personas como para mercancías, iban a ser a la larga de la mayor importancia. Antes de 1848 eran menos importantes económicamente: fuera de Inglaterra, porque los ferrocarriles eran escasos; en Inglaterra, porque por razones geográficas los problemas de transporte eran mucho menos insolubles que en los países con grandes extensiones de tierras interiores³³. Pero desde el punto de vista del que estudia el desarrollo económico, el inmenso apetito de los ferrocarriles, apetito de hierro y acero, carbón y maquinaria pesada, trabajo e inversiones de capital, fue más importante en esta etapa. Aquella enorme demanda era necesaria para que las grandes industrias se transformaran tan profundamente como lo había hecho la del algodón. En las dos primeras décadas del ferrocarril (1830-1850), la producción de hierro en Inglaterra ascendió desde 680.000 a 2.250.000 toneladas, es decir, se triplicó. También se triplicó en aquellos veinte años —desde 15 a 49 millones de toneladas— la producción de carbón. Este impresionante aumento se debía principalmente al tendido de las vías, pues cada milla de línea requería unas 300 toneladas de hierro sólo para los rieles³⁴. Los avances industriales que por primera vez hicieron posible esta masiva producción de acero prosiguieron naturalmente en las sucesivas décadas.

La razón de esta súbita, inmensa y esencial expansión estriba en la pasión, aparentemente irracional, con la que los hombres de negocios y los inversionistas se lanzaron a la construcción de ferrocarriles. En 1830 había escasamente unas docenas de millas de caminos de hierro en todo el mundo, casi todas en la línea de Liverpool a Manchester. En 1840 pasaban de las 4.500 y en 1850 de las 23.500. La mayor parte de ellas fueron proyectadas en unas cuantas llamaradas de frenesí especulativo, conocidas por las «locuras del ferrocarril» de 1835-1837, y especialmente de 1844-1847; casi todas se construyeron en gran parte con capital británico, hierro británico y máquinas y técnicos británicos³⁵. Inversiones tan descomunales parecen irrazonables, porque en realidad pocos ferrocarriles eran mucho más provechosos para el inversionista que otros negocios o empresas; la mayor parte proporcionaban modestos beneficios y algunos absolutamente ninguno: en 1855 el interés medio del capital invertido en los ferrocarriles

→ me queda
Pitt 55

británicos era de un 3,7 por 100. Sin duda los promotores, especuladores, etc., obtenían beneficios mucho mayores, pero el inversionista corriente no pasaba de ese pequeño tanto por ciento. Y, sin embargo, en 1840 se habían invertido ilusionadamente en ferrocarriles 28 millones de libras esterlinas, y 240 millones en 1850³⁶.

¿Por qué? El hecho fundamental en Inglaterra en las dos primeras generaciones de la revolución industrial fue que las clases ricas acumularon rentas tan de prisa y en tan grandes cantidades que excedían a toda posibilidad de gastarlas e invertirlas. (El superávit invertible en 1840-1850 se calcula en 60 millones de libras esterlinas³⁷.) Sin duda las sociedades feudal y aristocrática se lanzaron a malgastar una gran parte de esas rentas en una vida de libertinaje, lujosísimas construcciones y otras actividades antieconómicas³⁸. Así, el sexto duque de Devonshire, cuya renta normal era principesca, llegó a dejar a su heredero, a mediados del siglo XIX, un millón de libras de deudas, que ese heredero pudo pagar pidiendo prestado millón y medio y dedicándose a explotar sus fincas³⁹. Pero el conjunto de la clase media, que formaba el núcleo principal de inversionistas, era ahorrativo más bien que derrochador, aunque en 1840 había muchos síntomas de que se sentía lo suficientemente rico para gastar tanto como invertía. Sus mujeres empezaron a convertirse en «damas» instruidas por los manuales de etiqueta que se multiplicaron en aquella época; empezaron a construir sus capillas en pomposos y costosos estilos, e incluso comenzaron a celebrar su gloria colectiva construyendo esos horribles ayuntamientos y otras monstruosidades cívicas, imitaciones góticas o renacentistas, cuyo costo exacto y napoleónico registraban con orgullo los cronistas municipales⁴⁰.

Una sociedad moderna próspera o socialista no habría dudado en emplear algunas de aquellas vastas sumas en instituciones sociales. Pero en nuestro período nada era menos probable. Virtualmente libres de impuestos, las clases medias continuaban acumulando riqueza en medio de una población hambrienta, cuya hambre era la contrapartida de aquella acumulación. Y como no eran patanes que se conformaran con emplear sus ahorros en medias de lana u objetos dorados, tenían que encontrar mejor destino para ellos. Pero ¿dónde? Existían industrias, claro es, pero insuficientes para absorber más de una parte del superávit disponible para inversiones: aun suponiendo que el volumen de la industria algodonera se duplicase, el capital necesario absorbería sólo una fracción de ese superávit. Era precisa, pues, una esponja lo bastante capaz para recogerlo todo⁴¹.

Las inversiones en el extranjero eran una magnífica posibilidad. El resto del mundo —principalmente los viejos gobiernos, que trataban de recobrarse de las guerras napoleónicas, y los nuevos, solicitando préstamos con su habitual prisa y abandono para propósitos indefinidos— sentía avidez de ilimitados empréstitos. El capital británico estaba dispuesto al préstamo. Pero, ¡ay! los empréstitos sudamericanos que parecieron tan prometedores en la década 1820-1830, y los norteamericanos en la siguiente, no tardaron en convertirse en papeles mojados: de veinticinco empréstitos a gobiernos extranjeros concertados entre 1818 y 1831, dieciséis (que representaban más de

la mitad de los 42 millones de libras esterlinas invertidos en ellos) resultaron un fracaso. En teoría, dichos empréstitos deberían haber rentado a los inversionistas del 7 al 9 por 100, pero en 1831 sólo percibieron un 3,1 por 100. ¿Quién no se desanimaría con experiencias como la de los empréstitos griegos al 5 por 100 de 1824 y 1825 que no empezaron a pagar intereses hasta 1870?⁴² Por lo tanto, es natural que el capital invertido en el extranjero en los auges especulativos de 1825 y 1835-1837, buscara un empleo menos decepcionante.

John Francis, reflexionando sobre el frenesí de riqueza —la cual, hombre rico «que vislumbraba la acumulación de riqueza —la cual, con una población industrial, siempre supera los modos ordinarios de inversión— empleada legítima y justamente... Veía el dinero que en su juventud había sido empleado en empréstitos de guerra y en su madurez malgastado en las minas sudamericanas, construyendo caminos, empleando trabajadores y aumentando los negocios. La absorción de capital (por los ferrocarriles) fue una absorción, aunque infructuosa —al menos dentro del país que lo producía—. A diferencia de las minas y los empréstitos extranjeros (los ferrocarriles), no podían gastarse o desvalorizarse absolutamente»⁴³.

Si ese capital hubiese podido encontrar otras formas de inversión dentro del país —por ejemplo, en edificaciones—, es una pregunta puramente académica, cuya respuesta es dudosa. En realidad encontró los ferrocarriles, cuya creación rapidísima y en gran escala no hubiera sido posible sin ese torrente de dinero invertido en ellos, especialmente en la mitad de la década 1830-1840. Lo cual fue una feliz coyuntura, ya que los ferrocarriles lograron resolver virtualmente y de una vez todos los problemas del crecimiento económico.

5

Investigar el impulso para la industrialización constituye sólo una parte de la tarea del historiador. La otra es estudiar la movilización y el despliegue de los recursos económicos, la adaptación de la economía y la sociedad exigida para mantener la nueva y revolucionaria ruta.

El primer factor, y quizá el más crucial que hubo de movilizarse y desplegarse, fue el *trabajo*, pues una economía industrial significa una violenta y proporcionada disminución en la población agrícola (rural) y un aumento paralelo en la no agrícola (urbana), y casi seguramente (como ocurrió en la época a que nos referimos) un rápido aumento general de toda la población. Lo cual implica también un brusco aumento en el suministro de materias alimenticias, principalmente agrarias; es decir, «una revolución agrícola»⁴⁴.

El gran crecimiento de las ciudades y pueblos no agrícolas en Inglaterra había estimulado naturalmente mucho la agricultura, la cual es, por fortuna, tan ineficaz en sus formas preindustriales que algunos pequeños progresos —una pequeña atención racional a la crianza de animales, rotación de cultivos, abonos, instalación de granjas o siembra de nuevas semillas— pueden producir resultados insospecha-

dos. Ese cambio agrícola había precedido a la revolución industrial haciendo posibles los primeros pasos del rápido aumento de población, por lo que el impulso siguió adelante, aunque el campo británico padeciera mucho con la baja que se produjo en los precios anormalmente elevados durante las guerras napoleónicas. En términos de tecnología e inversión de capitales, los cambios del período aquí estudiado fueron probablemente de una razonable modestia hasta 1840-1850, década en la cual la ciencia agronómica y la ingeniería alcanzaron su mayoría de edad. El gran aumento de producción que permitió a la agricultura británica en 1830-1840 proporcionar el 98 por 100 de la alimentación a una población entre dos y tres veces mayor que la de mediados del siglo XVIII⁴⁵, se alcanzó gracias a la adopción general de métodos descubiertos a principios del siglo anterior para la racionalización y expansión de las áreas de cultivo.

Pero todo ello se logró por una transformación social más bien que técnica: por la liquidación de los cultivos comunales medievales con su campo abierto y pastos comunes (el «movimiento de cercados»), de la petulancia de la agricultura campesina y de las caducas actitudes anticomerciales respecto a la tierra. Gracias a la evolución preparatoria de los siglos XVI a XVIII, esta única solución radical del problema agrario, que hizo de Inglaterra un país de escasos grandes terratenientes, de un moderado número de arrendatarios rurales y de muchos labradores jornaleros, se consiguió con un mínimo de perturbaciones, aunque intermitentemente se opusieran a ella no sólo las desdichadas clases pobres del campo, sino también la tradicionalista clase media rural. El «sistema Speenhamland» de modestos socorros, adoptado espontáneamente por los hacendados en varios condados durante y después del año de hambre de 1795, ha sido considerado como el último intento sistemático de salvaguardar a la vieja sociedad rural del desgaste de los pagos al contado⁴⁶. Las Corn Laws con las que los intereses agrarios trataban de proteger la labranza contra la crisis que siguió a 1815, a despecho de toda ortodoxia económica, fueron también en parte un manifiesto contra la tendencia a tratar la agricultura como una industria cualquiera y juzgarla sólo con un criterio de lucro. Pero no pasaron de ser acciones de retaguardia contra la introducción final del capitalismo en el campo y acabaron siendo derrotadas por el radical avance de la ola de la clase media a partir de 1830, por la nueva ley de pobres de 1834 y por la abolición de las Corn Laws en 1846.

En términos de productividad económica, esta transformación social fue un éxito inmenso; en términos de sufrimiento humano, una tragedia, aumentada por la depresión agrícola que después de 1815 redujo al pobre rural a la miseria más desmoralizadora. A partir de 1800, incluso un paladín tan entusiasta del movimiento de cercados y el progreso agrícola como Arthur Young, se sorprendió por sus efectos sociales⁴⁷. Pero desde el punto de vista de la industrialización también tuvo consecuencias deseables, pues una economía industrial necesita trabajadores, y ¿de dónde podía obtenerlos sino del sector, antes no industrial? La población rural en el país o, en forma de inmigración (sobre todo irlandesa), en el extranjero, fueron las principales

fuentes abiertas por los diversos pequeños productores y trabajadores pobres⁴⁸. Los hombres debieron de verse atraídos hacia las nuevas ocupaciones, o, si —como es lo más probable— se mantuvieron en un principio inmunes a esa atracción y poco propicios a abandonar sus tradicionales medios de vida⁴⁹, obligados a aceptarlas. El afán de liberarse de la injusticia económica y social era el estímulo más efectivo al que se añadían los altos salarios en dinero y la mayor libertad de las ciudades. Por diferentes razones, las fuerzas que tendían a captar a los hombres desprendidos de su asidero histórico-social, eran todavía relativamente débiles en nuestro período comparadas con las de la segunda mitad del siglo XIX. Será necesaria una verdadera y sensacional catástrofe, como la del hambre en Irlanda, para producir una emigración en masa (millón y medio de habitantes de una población total de ocho y medio en 1835-1850) que se hizo corriente después de 1850. Sin embargo, dichas fuerzas eran más potentes en Inglaterra que en otras partes. De lo contrario, el desarrollo industrial británico hubiera sido tan difícil como lo fue en Francia por la estabilidad y relativo bienestar de su clase campesina y de la pequeña burguesía, que privaban a la industria del aumento de trabajadores requerido⁵⁰.

Una cosa era adquirir un número suficiente de trabajadores, y otra adquirir una mano de obra experta y eficaz. La experiencia del siglo XX ha demostrado que este problema es tan crucial como difícil de resolver. En primer lugar *todo* trabajador tiene que aprender a trabajar de una manera conveniente para la industria, por ejemplo, con arreglo a un ritmo diario ininterrumpido, completamente diferente del de las estaciones en el campo, o el del taller manual del artesano independiente. También tiene que aprender a adaptarse a los estímulos pecuniarios. Los patronos ingleses entonces, como ahora los sudafricanos, se quejaban constantemente de la «indolencia» del trabajador o de su tendencia a trabajar hasta alcanzar el tradicional salario semanal y luego detenerse. La solución se encontró estableciendo una disciplina laboral draconiana (en un código de patronos y obreros que inclinaba la ley del lado de los primeros, etc.), pero sobre todo en la práctica —donde era posible— de retribuir tan escasamente al trabajador que éste necesitaba trabajar intensamente toda la semana para alcanzar unos salarios mínimos (v. págs. 185-186). En las fábricas, en donde el problema de la disciplina laboral era más urgente, se consideró a veces más conveniente el empleo de mujeres y niños, más dúctiles y baratos que los hombres, hasta el punto de que en los telares algodóneros de Inglaterra, entre 1834 y 1847, una cuarta parte de los trabajadores eran varones adultos, más de la mitad mujeres y chicas y el resto muchachos menores de dieciocho años⁵¹. Otro procedimiento para asegurar la disciplina laboral, que refleja la pequeña escala, el lento proceso de la industrialización en aquella primera fase, fue el subcontrato o la práctica de hacer de los trabajadores expertos los verdaderos patronos de sus inexpertos auxiliares. En la industria del algodón, por ejemplo, unos dos tercios de muchachos y un tercio de muchachas estaban «a las órdenes directas de otros obreros» y, por tanto, más estrechamente vigilados, y, fuera

de las fábricas propiamente dichas, dicha modalidad estaba todavía más extendida. El «subpatrono» tenía desde luego un interés financiero directo en que sus operarios alquilados no flaqueasen.

Era más bien difícil reclutar o entrenar a un número suficiente de obreros expertos o preparados técnicamente, pues pocos de los procedimientos preindustriales eran utilizados en la moderna industria, aunque muchos oficios, como el de la construcción, seguían en la práctica sin cambiar. Por fortuna, la lenta industrialización de Inglaterra en los siglos anteriores a 1789 había conseguido un considerable progreso mecánico tanto en la técnica textil como en la metalúrgica. Del mismo modo que en el continente el cerrajero, uno de los pocos artesanos que realizaban un trabajo de precisión con los metales, se convirtió en el antepasado del constructor de máquinas al que algunas veces dio nombre, en Inglaterra, el constructor de molinos lo fue del «ingeniero» u «hombre de ingenios» (frecuente en la minería). No es casualidad que la palabra inglesa «ingeniero» se aplique lo mismo al metalúrgico experto que al inventor y al proyectista, ya que la mayor parte de los altos técnicos fueron reclutados entre aquellos hombres seguros y expertos en mecánica. De hecho, la industrialización británica descansó sobre aquella inesperada aportación de los grandes expertos, con los que no contaba el industrialismo continental. Lo cual explica el sorprendente desdén británico por la educación general y técnica, que habría de pagar caro más tarde.

Junto a tales problemas de provisión de mano de obra, el de la provisión de capital carecía de importancia. A diferencia de la mayor parte de los otros países europeos, no hubo en Inglaterra una disminución de capital inmediatamente invertible. La gran dificultad consistía en que la mayor parte de quienes poseían riquezas en el siglo XVIII —terratenientes, mercaderes, armadores, financieros, etcétera— eran reacios a invertirlos en las nuevas industrias, que por eso empezaron a menudo con pequeños ahorros o préstamos y se desarrollaron con la utilización de los beneficios. Lo exiguo del capital local hizo a los primeros industriales —en especial a los autoformados— más duros, tacaños y codiciosos, y, por tanto, más explotados a sus obreros; pero esto refleja el imperfecto flujo de las inversiones nacionales y no su insuficiencia. Por otra parte, el rico siglo XVIII estaba preparado para emplear su dinero en ciertas empresas beneficiosas para la industrialización, sobre todo en transportes (canales, muelles, caminos y más tarde también ferrocarriles) y en minas, de las que los propietarios obtenían rentas incluso cuando no las explotaban directamente⁵².

Tampoco había dificultades respecto a la técnica del comercio y las finanzas, privadas o públicas. Los bancos, los billetes de banco, las letras de cambio, las acciones y obligaciones, las modalidades del comercio exterior y al por mayor, etc., eran cosas bien conocidas y numerosos los hombres que podían manejarlas o aprender a hacerlo. Además a finales del siglo XVIII la política gubernamental estaba fuertemente enlazada a la supremacía de los negocios. Las viejas disposiciones contrarias (como la del código social de los Tudor) hacía tiempo que habían caído en desuso, siendo al fin abolidas —excepto en lo que concernía a la agricultura— en 1813-1835. En teoría, las leyes e

instituciones financieras o comerciales de Inglaterra eran torpes y parecían dictadas más para dificultar que para favorecer el desarrollo económico; por ejemplo, exigía costosas «actas privadas» del Parlamento cada vez que un grupo de personas deseaba constituir una sociedad o compañía anónima. La Revolución francesa proporcionó a los franceses —y a través de su influencia, al resto del continente— una maquinaria legal más racional y efectiva para tales finalidades. Pero en la práctica, los ingleses se las arreglaban perfectamente bien y con frecuencia mucho mejor que sus rivales.

De esta manera casual, improvisada y empírica se formó la primera gran economía industrial. Según los patrones modernos era pequeña y arcaica, y su arcaísmo sigue imperando hoy en Inglaterra. Para los de 1848 era monumental, aunque sorprendente y desagradable, pues sus nuevas ciudades eran más feas, su proletariado menos feliz que el de otras partes⁵³, y la niebla y el humo que enviciaban la atmósfera respirada por aquellas pálidas muchedumbres disgustaban a los visitantes extranjeros. Pero suponía la fuerza de un millón de caballos en sus máquinas de vapor, se convertía en más de dos millones de yardas de tela de algodón por año, en más de diecisiete millones de husos mecánicos, extraía casi cincuenta millones de toneladas de carbón, importaba y exportaba toda clase de productos por valor de ciento setenta millones de libras esterlinas anuales. Su comercio era el doble que el de Francia, su más próxima competidora: ya en 1780 la había superado. Su consumo de algodón era dos veces el de los Estados Unidos y cuatro el de Francia. Producía más de la mitad del total de lingotes de hierro del mundo desarrollado económicamente, y utilizaba dos veces más por habitante que el país próximo más industrializado (Bélgica), tres veces más que los Estados Unidos y sobre cuatro veces más que Francia. Entre los doscientos y trescientos millones de capital británico invertido —una cuarta parte en los Estados Unidos, casi una quinta parte en Iberoamérica—, le devolvían dividendos e intereses de todas las partes del mundo⁵⁴. Inglaterra era, en efecto, «el taller del mundo».

Y tanto Inglaterra como el mundo sabían que la revolución industrial, iniciada en aquellas islas por y a través de los comerciantes y empresarios cuya única ley era comprar en el mercado más barato y vender sin restricción en el más caro, estaba transformando al mundo. Nadie podía detenerla en este camino. Los dioses y los reyes del pasado estaban inermes ante los hombres de negocios y las máquinas de vapor del presente.

cel - part 3

CAPÍTULO 3

La Revolución francesa

Un inglés que no esté lleno de estima y admiración por la sublime manera en que una de las más IMPORTANTES REVOLUCIONES que el mundo ha conocido se está ahora efectuando, debe de estar muerto para todo sentimiento de virtud y libertad; ninguno de mis compatriotas que haya tenido la buena fortuna de presenciar las transacciones de los últimos tres días en esta ciudad, testificará que mi lenguaje es hiperbólico.

Del *Morning Post* (21 de julio de 1789, sobre la toma de la Bastilla)

Pronto las naciones ilustradas procesarán a quienes las han gobernado hasta ahora. Los reyes serán enviados al desierto a hacer compañía a las bestias feroces a las que se parecen, y la naturaleza recobrará sus derechos.

(SAINT-JUST: Discurso sobre la Constitución de Francia, pronunciado en la Convención el 24 de abril de 1793.)

I

Si la economía del mundo del siglo XIX se formó principalmente bajo la influencia de la revolución industrial inglesa, su política e ideología se formaron principalmente bajo la influencia de la Revolución francesa. Inglaterra proporcionó el modelo para sus ferrocarriles y fábricas y el explosivo económico que hizo estallar las tradicionales estructuras económicas y sociales del mundo no europeo, pero Francia hizo sus revoluciones y les dio sus ideas, hasta el punto de que cualquier cosa tricolor se convirtió en el emblema de todas las nacionalidades nacientes. Entre 1789 y 1917, las políticas europeas (y las de todo el mundo) lucharon ardorosamente en pro o en contra de los principios de 1789 o los más incendiarios todavía de 1793. Francia proporcionó el vocabulario y los programas de los partidos liberales, radicales y democráticos de la mayor parte del mundo. Francia ofreció el primer gran ejemplo, el concepto y el vocabulario del nacionalismo. Francia proporcionó los códigos legales, el modelo de organización científica y técnica y el sistema métrico decimal a muchísimos países. La ideología del mundo moderno penetró por primera vez en las antiguas civilizaciones, que hasta entonces habían resistido a las ideas europeas, a través de la influencia francesa. Esta fue la obra de la Revolución francesa¹.

Como hemos visto, el siglo XVIII fue una época de crisis para los viejos regímenes europeos y para sus sistemas económicos, y sus últimas décadas estuvieron llenas de agitaciones políticas que a veces alcanzaron categoría de revueltas, de movimientos coloniales autonomistas e incluso secesionistas: no sólo en los Estados Unidos (1776-1783), sino también en Irlanda (1782-1784), en Bélgica y Lieja (1787-1790), en Holanda (1783-1787), en Ginebra, e incluso —se ha discutido— en Inglaterra (1779). Tan notable es este conjunto de desasosiego político que algunos historiadores recientes han hablado de una «era de revoluciones democráticas» de las que la francesa fue solamente una, aunque la más dramática y de mayor alcance².

Desde luego, como la crisis del antiguo régimen no fue un fenómeno puramente francés, dichas observaciones no carecen de fundamento. Incluso se puede decir que la Revolución rusa de 1917 (que ocupa una posición de importancia similar en nuestro siglo) fue simplemente el más dramático de toda una serie de movimientos análogos, como los que —algunos años antes— acabaron derribando a los viejos Imperios chino y turco. Sin embargo, hay aquí un equívoco. La Revolución francesa puede no haber sido un fenómeno aislado, pero fue mucho más fundamental que cualquiera de sus contemporáneas y sus consecuencias fueron mucho más profundas. En primer lugar, sucedió en el más poderoso y populoso Estado europeo (excepto Rusia). En 1789, casi de cada cinco europeos, uno era francés. En segundo lugar, de todas las revoluciones que la precedieron y la siguieron fue la única revolución social de masas, e inconmensurablemente más radical que cualquier otro levantamiento. No es casual que los revolucionarios norteamericanos y los «jacobinos» británicos que emigraron a Francia por sus simpatías políticas, se consideraran moderados en Francia. Tom Paine, que era un extremista en Inglaterra y Norteamérica, figuró en París entre los más moderados de los girondinos. Los resultados de las revoluciones americanas fueron, hablando en términos generales, que los países quedaran poco más o menos como antes, aunque liberados del dominio político de los ingleses, los españoles o los portugueses. En cambio, el resultado de la Revolución francesa fue que la época de Balzac sustituyera a la de Madame Dubarry.

En tercer lugar, de todas las revoluciones contemporáneas, la francesa fue la única ecuménica. Sus ejércitos se pusieron en marcha para revolucionar al mundo, y sus ideas lo lograron. La revolución norteamericana sigue siendo un acontecimiento crucial en la historia de los Estados Unidos, pero (salvo en los países directamente envueltos en ella y por ella) no dejó huellas importantes en ninguna parte. La Revolución francesa, en cambio, es un hito en todas partes. Sus repercusiones, mucho más que las de la revolución norteamericana, ocasionaron los levantamientos que llevarían a la liberación de los países iberoamericanos después de 1808. Su influencia directa irradió hasta Bengala, en donde Ram Mohan Roy se inspiró en ella para fundar el primer movimiento reformista hindú, precursor del moderno nacionalismo indio. (Cuando Ram Mohan Roy visitó Inglaterra en 1830, insistió en viajar en un barco francés para demostrar su en-

tusiasmo por los principios de la Revolución francesa.) Fue, como se ha dicho con razón, «el primer gran movimiento de ideas en la cristiandad occidental que produjo algún efecto real sobre el mundo del Islam»³, y esto casi inmediatamente. A mediados del siglo XIX la palabra turca «vatan», que antes significaba sólo el lugar de nacimiento o residencia de un hombre, se había transformado bajo la influencia de la Revolución francesa en algo así como «patria»; el vocablo «libertad», que antes de 1800 no era más que un término legal denotando lo contrario que «esclavitud», también había empezado a adquirir un nuevo contenido político. La influencia indirecta de la Revolución francesa es universal, pues proporcionó el patrón para todos los movimientos revolucionarios subsiguientes, y sus lecciones (interpretadas conforme al gusto de cada país o cada caudillo) fueron incorporadas en el moderno socialismo y comunismo⁴.

Así, pues, la Revolución francesa está considerada como la revolución de su época, y no sólo una, aunque la más prominente, de su clase. Y sus orígenes deben buscarse por ello no simplemente en las condiciones generales de Europa, sino en la específica situación de Francia. Su peculiaridad se explica mejor en términos internacionales. Durante el siglo XVIII Francia fue el mayor rival económico internacional de Inglaterra. Su comercio exterior, que se cuadruplicó entre 1720 y 1780, causaba preocupación en la Gran Bretaña; su sistema colonial era en ciertas áreas (tales como las Indias Occidentales) más dinámico que el británico. A pesar de lo cual, Francia no era una potencia como Inglaterra, cuya política exterior ya estaba determinada sustancialmente por los intereses de la expansión capitalista. Francia era la más poderosa y en muchos aspectos la más característica de las viejas monarquías absolutas y aristocráticas de Europa. En otros términos: el conflicto entre la armazón oficial y los inmovibles intereses del antiguo régimen y la subida de las nuevas fuerzas sociales era más agudo en Francia que en cualquier otro sitio.

Las nuevas fuerzas sabían con exactitud lo que querían. Turgot, el economista fisiócrata, preconizaba una eficaz explotación de la tierra, la libertad de empresa y de comercio, una normal y eficiente administración de un territorio nacional único y homogéneo, la abolición de todas las restricciones y desigualdades sociales que entorpecían el desenvolvimiento de los recursos nacionales y una equitativa y racional administración y tributación. Sin embargo, su intento de aplicar tal programa como primer ministro de Luis XVI en 1774-1776 fracasó lamentablemente, y ese fracaso es característico. Reformas de este género, en pequeñas dosis, no eran incompatibles con las monarquías absolutas ni mal recibidas por ellas. Antes al contrario, puesto que fortalecían su poder, estaban, como hemos visto, muy difundidas en aquella época entre los llamados «despotas ilustrados». Pero en la mayor parte de los países en que imperaba el «despotismo ilustrado», tales reformas eran, o inaplicables, y por eso resultaban meros escauceos teóricos, o incapaces de cambiar el carácter general de su estructura política y social, o fracasaban frente a la resistencia de las aristocracias locales y otros intereses intocables, dejando al país re-

caer en una nueva versión de su primitivo estado. En Francia fracasaban más rápidamente que en otros países, porque la resistencia de los intereses tradicionales era más efectiva. Pero los resultados de ese fracaso fueron más catastróficos para la monarquía; y las fuerzas de cambio burguesas eran demasiado fuertes para caer en la inactividad, por lo que se limitaron a transferir sus esperanzas de una monarquía ilustrada al pueblo o a «la nación». Sin embargo, semejante generalización no debe alejarnos del entendimiento de por qué la revolución estalló cuando lo hizo y por qué tomó el rumbo que tomó. Para esto es más conveniente considerar la llamada «reacción feudal», que realmente proporcionó la mecha que inflamó el barril de pólvora de Francia.

Las cuatrocientas mil personas que, sobre poco más o menos, formaban entre los veintitrés millones de franceses la nobleza —el indiscutible «primer orden» de la nación, aunque no tan absolutamente salvaguardado contra la intrusión de los órdenes inferiores como en Prusia y otros países— estaban bastante seguras. Gozaban de considerables privilegios, incluida la exención de varios impuestos (aunque no de tantos como estaba exento el bien organizado clero) y el derecho a cobrar tributos feudales. Políticamente, su situación era menos brillante. La monarquía absoluta, aunque completamente aristocrática e incluso feudal en sus «ethos», había privado a los nobles de toda independencia y responsabilidad política, cercenando todo lo posible sus viejas instituciones representativas —estados y parlamentos—. El hecho continuó al situar entre la alta aristocracia y entre la más reciente «noblesse de robe» creada por los reyes con distintos designios, generalmente financieros y administrativos, a una ennoblecida clase media gubernamental que manifestaba en lo posible el doble descontento de aristócratas y burgueses a través de los tribunales y estados que aún subsistían. Económicamente, las inquietudes de los nobles no eran injustificadas. Guerreros más que trabajadores por nacimiento y tradición —los nobles estaban excluidos oficialmente del ejercicio del comercio o cualquier profesión—, dependían de las rentas de sus propiedades o, si pertenecían a la minoría cortesana, de matrimonios de conveniencia, pensiones regias, donaciones y sinecuras. Pero como los gastos inherentes a la condición nobiliaria —siempre cuantiosos— iban en aumento, los ingresos, mal administrados por lo general, resultaban insuficientes. La inflación tendía a reducir el valor de los ingresos fijos, tales como las rentas.

Por todo ello era natural que los nobles utilizaran su caudal principal, los reconocidos privilegios de clase. Durante el siglo XVIII, tanto en Francia como en otros muchos países, se aferraban tenazmente a los puestos oficiales que la monarquía absoluta hubiera preferido encomendar a los hombres de la clase media, competentes técnicamente y políticamente inocuos. Hacia 1780 se requerían cuatro cuarteles de nobleza para conseguir un puesto en el ejército; todos los obispos eran nobles e incluso la clave de la administración real, las intendencias, estaban acaparadas por la nobleza. Como consecuencia, la nobleza no sólo irritaba los sentimientos de la clase media al competir con éxito en la provisión de puestos oficiales, sino que socavaba los

cimientos del Estado con su creciente inclinación a apoderarse de la administración central y provincial. Asimismo —sobre todo los señores más pobres de provincias con pocos recursos— intentaban contrarrestar la merma de sus rentas exprimiendo hasta el límite sus considerables derechos feudales para obtener dinero, o, con menos frecuencia, servicios de los campesinos. Una nueva profesión —la de «feudista»— surgió para hacer revivir anticuados derechos de esta clase o para aumentar hasta el máximo los productos de los existentes. Su más famoso miembro, Gracchus Babeuf, se convertiría en el caudillo de la primera revuelta comunista de la historia moderna en 1796. Con esta actitud, la nobleza no sólo irritaba a la clase media, sino también al campesinado.

La posición de esta vasta clase, que comprendía aproximadamente el ochenta por ciento de los franceses, distaba mucho de ser brillante, aunque sus componentes eran libres en general y a menudo terratenientes. En realidad, las propiedades de la nobleza ocupaban sólo una quinta parte de la tierra, y las del clero quizá otro seis por ciento, con variaciones en las diferentes regiones⁵. Así, en la diócesis de Montpellier, los campesinos poseían del 38 al 40 por 100 de la tierra, la burguesía del 18 al 19, los nobles del 15 al 16, el clero del 3 al 4, mientras una quinta parte era de propiedad comunal⁶. Sin embargo, de hecho, la mayor parte eran gentes pobres o con recursos insuficientes, deficiencia ésta aumentada por el atraso técnico reinante. La miseria general se intensificaba por el aumento de la población. Los tributos feudales, los diezmos y gabelas suponían unas cargas pesadas y crecientes para los ingresos de los campesinos. La inflación reducía el valor del remanente. Sólo una minoría de campesinos que disponía de un excedente constante para vender se beneficiaba de los precios cada vez más elevados; los demás, de una manera u otra, los sufrían, de manera especial en las épocas de malas cosechas, en las que el hambre fijaba los precios. No hay duda de que en los veinte años anteriores a la revolución la situación de los campesinos empeoró por estas razones.

Los trastornos financieros de la monarquía iban en aumento. La estructura administrativa y fiscal del reino estaba muy anticuada y, como hemos visto, el intento de remediarlo mediante las reformas de 1774-1776 fracasó, derrotado por la resistencia de los intereses tradicionales encabezados por los parlamentos. Entonces, Francia se vio envuelta en la guerra de la independencia americana. La victoria sobre Inglaterra se obtuvo a costa de una bancarrota final, por lo que la revolución americana puede considerarse la causa directa de la francesa. Varios procedimientos se ensayaron sin éxito, pero sin intentar una reforma fundamental que, movilizandó la verdadera y considerable capacidad tributaria del país, contuviera una situación en la que los gastos superaban a los ingresos al menos en un 20 por 100, haciendo imposible cualquier economía efectiva. Aunque muchas veces se ha echado la culpa de la crisis a las extravagancias de Versalles, hay que decir que los gastos de la Corte sólo suponían el 6 por 100 del presupuesto total en 1788. La guerra, la escuadra y la diplomacia consumían un 25 por 100 y la deuda existente un 50 por 100. Guerra

y deuda —la guerra americana y su deuda— rompieron el espinazo de la monarquía. X

La crisis gubernamental brindó una oportunidad a la aristocracia y a los parlamentos. Pero una y otros se negaron a pagar sin la contrapartida de un aumento de sus privilegios. La primera brecha en el frente del absolutismo fue abierta por una selecta pero rebelde «Asamblea de Notables», convocada en 1787 para asentir a las peticiones del gobierno. La segunda, y decisiva, fue la desesperada decisión de convocar los Estados Generales —la vieja Asamblea feudal del reino, enterrada desde 1614—. Así, pues, la revolución empezó como un intento aristocrático de recuperar los mandos del Estado. Este intento fracasó por dos razones: por subestimar las intenciones independientes del «tercer estado» —la ficticia entidad concebida para representar a todos los que no eran ni nobles ni clérigos, pero dominada de hecho por la clase media— y por desconocer la profunda crisis económica y social que impelía a sus peticiones políticas. La Revolución francesa no fue hecha o dirigida por un partido o movimiento en el sentido moderno, ni por unos hombres que trataran de llevar a la práctica un programa sistemático. Incluso sería difícil encontrar en ella líderes de la clase a que nos han acostumbrado las revoluciones del siglo XX, hasta la figura posrevolucionaria de Napoleón. No obstante, un sorprendente consenso de ideas entre un grupo social coherente dio unidad efectiva al movimiento revolucionario. Este grupo era la «burguesía»; sus ideas eran las del liberalismo clásico formulado por los «filósofos» y los «economistas» y propagado por la francmasonería y otras asociaciones. En este sentido, «los filósofos» pueden ser considerados en justicia los responsables de la revolución. Esta también hubiera estallado sin ellos; pero probablemente fueron ellos los que establecieron la diferencia entre una simple quiebra de un viejo régimen y la efectiva y rápida sustitución por otro nuevo.

En su forma más general, la ideología de 1789 era la masónica, expresada con tan inocente sublimidad en *La flauta mágica*, de Mozart (1791), una de las primeras entre las grandes obras de arte propagandísticas de una época cuyas más altas realizaciones artísticas pertenecen a menudo a la propaganda. De modo más específico, las peticiones del burgués de 1789 están contenidas en la famosa *Declaración de derechos del hombre y del ciudadano* de aquel año. Este documento es un manifiesto contra la sociedad jerárquica y los privilegios de los nobles, pero no en favor de una sociedad democrática o igualitaria. «Los hombres nacen y viven libres e iguales bajo las leyes», dice su artículo primero; pero luego se acepta la existencia de distinciones sociales «aunque sólo por razón de la utilidad común». La propiedad privada era un derecho natural sagrado, inalienable e inviolable. Los hombres eran iguales ante la ley y todas las carreras estaban abiertas por igual al talento, pero si la salida empezaba para todos sin «handicap», se daba por supuesto que los *corredores* no terminarían juntos. La declaración establecía (frente a la jerarquía nobiliaria y el absolutismo) que «todos los ciudadanos tienen derecho a cooperar en la formación de la ley», pero «o personalmente o a través de sus representantes». Ni la Asamblea representativa, que se preconiza como

me queda pttss

órgano fundamental de gobierno, tenía que ser necesariamente una Asamblea elegida en forma democrática, ni el régimen que implica había de eliminar por fuerza a los reyes. Una monarquía constitucional basada en una oligarquía de propietarios que se expresaran a través de una Asamblea representativa, era más adecuada para la mayor parte de los burgueses liberales que la república democrática, que pudiera haber parecido una expresión más lógica de sus aspiraciones teóricas; aunque hubo algunos que no vacilaron en preconizar esta última. Pero, en conjunto, el clásico liberal burgués de 1789 (y el liberal de 1789-1848) no era un demócrata, sino un creyente en el constitucionalismo, en un Estado secular con libertades civiles y garantías para la iniciativa privada, gobernado por contribuyentes y propietarios.

Sin embargo, oficialmente, dicho régimen no expresaría sólo sus intereses de clase, sino la voluntad general «del pueblo», al que se identificaba de manera significativa con «la nación francesa». En adelante, el rey ya no sería Luis, por la Gracia de Dios, Rey de Francia y de Navarra, sino Luis, por la Gracia de Dios y la Ley Constitucional del Estado, Rey de los Franceses. «La fuente de toda soberanía —dice la *Declaración*— reside esencialmente en la nación.» Y la nación, según el abate Sieyès, no reconoce en la tierra un interés sobre el suyo y no acepta más ley o autoridad que la suya, ni las de la humanidad en general ni las de otras naciones. Sin duda la nación francesa (y sus subsiguientes imitadoras) no concebían en un principio que sus intereses chocaran con los de los otros pueblos, sino que, al contrario, se veían como inaugurando —o participando en él— un movimiento de liberación general de los pueblos del poder de las tiranías. Pero, de hecho, la rivalidad nacional (por ejemplo, la de los negociantes franceses con los negociantes ingleses) y la subordinación nacional (por ejemplo, la de las naciones conquistadas o liberadas a los intereses de la *grande nation*), se hallaban implícitas en el nacionalismo al que el burgués de 1789 dio su primera expresión oficial. «El pueblo», identificado con «la nación» era un concepto revolucionario; más revolucionario de lo que el programa burgués-liberal se proponía expresar. Por lo cual era un arma de dos filos.

Aunque los pobres campesinos y los obreros eran analfabetos, políticamente modestos e inmaduros y el procedimiento de elección indirecto, 610 hombres, la mayor parte de ellos de aquella clase, fueron elegidos para representar al tercer estado. Muchos eran abogados que desempeñaban un importante papel económico en la Francia provinciana. Cerca de un centenar eran capitalistas y negociantes. La clase media había luchado ásperamente y con éxito para conseguir una representación tan amplia como las de la nobleza y el clero juntas, ambición muy moderada para un grupo que representaba oficialmente al 95 por 100 de la población. Ahora luchaban con igual energía por el derecho a explotar su mayoría potencial de votos para convertir los Estados Generales en una Asamblea de diputados individuales que votaran como tales, en vez del tradicional cuerpo feudal que deliberaba y votaba «por órdenes», situación en la cual la nobleza y el clero siempre podían superar en votos al tercer estado. Con este motivo se

produjo el primer choque directo revolucionario. Unas seis semanas después de la apertura de los Estados Generales, los comunes, impacientes por adelantarse a cualquier acción del rey, de los nobles y el clero, constituyeron (con todos cuantos quisieron unírseles) una Asamblea Nacional con derecho a reformar la Constitución. Una maniobra contrarrevolucionaria los llevó a formular sus reivindicaciones en términos de la Cámara de los Comunes británica. El absolutismo terminó cuando Mirabeau, brillante y desacreditado ex noble, dijo al rey: «Señor, sois un extraño en esta Asamblea y no tenéis derecho a hablar en ella».

El tercer estado triunfó frente a la resistencia unida del rey y de los órdenes privilegiados, porque representaba no sólo los puntos de vista de una minoría educada y militante, sino los de otras fuerzas mucho más poderosas: los trabajadores pobres de las ciudades, especialmente de París, así como el campesinado revolucionario. Pero lo que transformó una limitada agitación reformista en verdadera revolución fue el hecho de que la convocatoria de los Estados Generales coincidiera con una profunda crisis económica y social. La última década había sido, por una compleja serie de razones, una época de graves dificultades para casi todas las ramas de la economía francesa. Una mala cosecha en 1788 (y en 1789) y un difícilísimo invierno agudizaron aquella crisis. Las malas cosechas afectan a los campesinos, pues significan que los grandes productores podrán vender el grano a precios de hambre, mientras la mayor parte de los cultivadores, sin reservas suficientes, pueden tener que comerse sus simientes o comprar el alimento a aquellos precios de hambre, sobre todo en los meses inmediatamente precedentes a la nueva cosecha (es decir, de mayo a julio). Como es natural, afectan también a las clases pobres urbanas, para quienes el coste de vida, empezando por el pan, se duplica. Y también porque el empobrecimiento del campo reduce el mercado de productos manufacturados y origina una depresión industrial. Los pobres rurales estaban desesperados y desvalidos a causa de los motines y los actos de bandolerismo; los pobres urbanos lo estaban doblemente por el cese del trabajo en el preciso momento en que el coste de la vida se elevaba. En circunstancias normales esta situación no hubiera pasado de provocar algunos tumultos. Pero en 1788 y en 1789, una mayor convulsión en el reino, una campaña de propaganda electoral, daba a la desesperación del pueblo una perspectiva política al introducir en sus mentes la tremenda y sísmica idea de liberarse de la opresión y de la tiranía de los ricos. Un pueblo encrespado respaldaba a los diputados del tercer estado.

La contrarrevolución convirtió a una masa en potencia en una masa efectiva y actuante. Sin duda era natural que el antiguo régimen luchara con energía, si era menester con la fuerza armada, aunque el ejército ya no era digno de confianza. (Sólo algunos soñadores idealistas han podido pensar que Luis XVI pudo haber aceptado la derrota convirtiéndose inmediatamente en un monarca constitucional, aun cuando hubiera sido un hombre menos indolente y necio, casado con una mujer menos frívola e irresponsable, y menos dispuesto siempre a escuchar a los más torpes consejeros.) De hecho,

la contrarrevolución movilizó a las masas de París, ya hambrientas, recelosas y militantes. El resultado más sensacional de aquella movilización fue la toma de la Bastilla, prisión del Estado que simbolizaba la autoridad real, en donde los revolucionarios esperaban encontrar armas. En época de revolución nada tiene más fuerza que la caída de los símbolos. La toma de la Bastilla, que convirtió la fecha del 14 de julio en la fiesta nacional de Francia, ratificó la caída del despotismo y fue aclamada en todo el mundo como el comienzo de la liberación. Incluso el austero filósofo Emmanuel Kant, de Königsberg, de quien se dice que era tan puntual en todo que los habitantes de la ciudad ponían sus relojes por el suyo, aplazó la hora de su paseo vespertino cuando recibió la noticia, convenciendo así a Königsberg de que había ocurrido un acontecimiento que sacudiría al mundo. Y lo que hace más al caso, la caída de la Bastilla extendió la revolución a las ciudades y los campos de Francia.

Las revoluciones campesinas son movimientos amplios, informes, anónimos, pero irresistibles. Lo que en Francia convirtió una epidemia de desasosiego campesino en una irreversible convulsión fue una combinación de insurrecciones en ciudades provincianas y una oleada de pánico masivo que se extendió oscura pero rápidamente a través de casi todo el país: la llamada *Grande Peur* de finales de julio y principios de agosto de 1789. Al cabo de tres semanas desde el 14 de julio, la estructura social del feudalismo rural francés y la máquina estatal de la monarquía francesa yacían en pedazos. Todo lo que quedaba de la fuerza del Estado eran unos cuantos regimientos dispersos de utilidad dudosa, una Asamblea Nacional sin fuerza coercitiva y una infinidad de administraciones municipales o provinciales de clase media que pronto pondrían en pie a unidades de burgueses armados —«guardias nacionales»— según el modelo de París. La aristocracia y la clase media aceptaron inmediatamente lo inevitable: todos los privilegios feudales se abolieron de manera oficial aunque, una vez estabilizada la situación política, el precio fijado para su redención fue muy alto. El feudalismo no se abolió finalmente hasta 1793. A finales de agosto la revolución obtuvo su manifiesto formal, la *Declaración de derechos del hombre y del ciudadano*. Por el contrario, el rey resistía con su habitual insensatez, y algunos sectores de la clase media revolucionaria, asustados por las complicaciones sociales del levantamiento de masas, empezaron a pensar que había llegado el momento del conservadurismo.

En resumen, la forma principal de la política burguesa revolucionaria francesa —y de las subsiguientes de otros países— ya era claramente apreciable. Esta dramática danza dialéctica iba a dominar a las generaciones futuras. Una y otra vez veremos a los reformistas moderados de la clase media movilizar a las masas contra la tenaz resistencia de la contrarrevolución. Veremos a las masas pujando más allá de las intenciones de los moderados por su propia revolución social, y a los moderados escindiéndose a su vez en un grupo conservador que hace causa común con los reaccionarios, y un ala izquierda decidida a proseguir adelante en sus primitivos ideales de moderación con ayuda de las masas, aun a riesgo de perder el control sobre ellas.

Y así sucesivamente, a través de repeticiones y variaciones del patrón de resistencia —movilización de masas-giro a la izquierda-ruptura entre los moderados-giro a la derecha—, hasta que el grueso de la clase media se pasa al campo conservador o es derrotado por la revolución social. En muchas revoluciones burguesas subsiguientes, los liberales moderados fueron obligados a retroceder o a pasarse al campo conservador apenas iniciadas. Por ello, en el siglo XIX encontramos que (sobre todo en Alemania) esos liberales se sienten poco inclinados a iniciar revoluciones por miedo a sus incalculables consecuencias, y prefieren llegar a un compromiso con el rey y con la aristocracia. La peculiaridad de la Revolución francesa es que una parte de la clase media liberal estaba preparada para permanecer revolucionaria hasta el final sin alterar su postura: la formaban los «jacobinos», cuyo nombre se dará en todas partes a los partidarios de la «revolución radical».

¿Por qué? Desde luego, en parte, porque la burguesía francesa no tenía todavía, como los liberales posteriores, el terrible recuerdo de la Revolución francesa para atemorizarla. A partir de 1794 resultó evidente para los moderados que el régimen jacobino había llevado la revolución demasiado lejos para los propósitos y la comodidad burgueses, lo mismo que estaba clarísimo para los revolucionarios que «el sol de 1793», si volviera a levantarse, brillaría sobre una sociedad no burguesa. Pero otra vez los jacobinos aportarían radicalismo, porque en su época no existía una clase que pudiera proporcionar una coherente alternativa social a los suyos. Tal clase sólo surgiría en el curso de la revolución industrial, con el «proletariado», o, mejor dicho, con las ideologías y movimientos basados en él. En la Revolución francesa, la clase trabajadora —e incluso éste es un nombre inadecuado para el conjunto de jornaleros, en su mayor parte no industriales— no representaba todavía una parte independiente significativa. Hambrientos y revoltosos, quizá lo soñaban; pero en la práctica seguían a jefes no proletarios. El campesinado nunca proporciona una alternativa política a nadie; si acaso, de llegar la ocasión, una fuerza casi irresistible o un objetivo casi inmutable. La única alternativa frente al radicalismo burgués (si exceptuamos pequeños grupos de ideólogos o militantes inermes cuando pierden el apoyo de las masas) eran los «sans-culottes», un movimiento informe y principalmente urbano de pobres trabajadores, artesanos, tenderos, operarios, pequeños empresarios, etc. Los «sans-culottes» estaban organizados, sobre todo en las «secciones» de París y en los clubs políticos locales, y proporcionaban la principal fuerza de choque de la revolución —los manifestantes más ruidosos, los amotinados, los constructores de barricadas—. A través de periodistas como Marat y Hébert, a través de oradores locales, también formulaban una política, tras la cual existía una idea social apenas definida y contradictoria, en la que se combinaba el respeto a la pequeña propiedad con la más feroz hostilidad a los ricos, el trabajo garantizado por el gobierno, salarios y seguridad social para el pobre, en resumen, una extremada democracia igualitaria y libertaria, localizada y directa. En realidad, los «sans-culottes» eran una rama de esa importante y universal tendencia política que

trata de expresar los intereses de la gran masa de «hombres pequeños» que existen entre los polos de la «burguesía» y del «proletariado», quizá a menudo más cerca de éste que de aquélla, por ser en su mayor parte muy pobres. Podemos observar esa misma tendencia en los Estados Unidos (jeffersonianismo y democracia jacksoniana, o populismo), en Inglaterra (radicalismo), en Francia (precursores de los futuros «republicanos» y radicales-socialistas), en Italia (mazzinianos y garibaldinos), y en otros países. En su mayor parte tendían a fijarse, en las horas posrevolucionarias, como el ala izquierda del liberalismo de la clase media, pero negándose a abandonar el principio de que no hay enemigos a la izquierda, y dispuestos, en momentos de crisis, a rebelarse contra «la muralla del dinero», «la economía monárquica» o «la cruz de oro que crucifica a la humanidad». Pero el «sans-culottismo» no presentaba una verdadera alternativa. Su ideal, un áureo pasado de aldeanos y pequeños operarios o un futuro dorado de pequeños granjeros y artesanos no perturbados por banqueros y millonarios, era irrealizable. La historia lo condenaba a muerte. Lo más que pudieron hacer —y lo que hicieron en 1793-1794— fue poner obstáculos en el camino que dificultaron el desarrollo de la economía francesa desde aquellos días hasta la fecha. En realidad, el «sans-culottismo» fue un fenómeno de desesperación cuyo nombre ha caído en el olvido o se recuerda sólo como sinónimo del jacobinismo, que le proporcionó sus jefes en el año II.

2

Entre 1789 y 1791 la burguesía moderada victoriosa, actuando a través de la que entonces se había convertido en Asamblea Constituyente, emprendió la gigantesca obra de racionalización y reforma de Francia que era su objetivo. La mayoría de las realizaciones duraderas de la revolución datan de aquel periodo, como también sus resultados internacionales más sorprendentes, la instauración del sistema métrico decimal y la emancipación de los judíos. Desde el punto de vista económico, las perspectivas de la Asamblea Constituyente eran completamente liberales: su política respecto al campesinado fue el cercado de las tierras comunales y el estímulo a los empresarios rurales; respecto a la clase trabajadora, la proscripción de los gremios; respecto a los artesanos, la abolición de las corporaciones. Dio pocas satisfacciones concretas a la plebe, salvo, desde 1790, la de la secularización y venta de las tierras de la Iglesia (así como las de la nobleza emigrada), que tuvo la triple ventaja de debilitar el clericalismo, fortalecer a los empresarios provinciales y aldeanos y proporcionar a muchos campesinos una recompensa por su actividad revolucionaria. La Constitución de 1791 evitaba los excesos democráticos mediante la instauración de una monarquía constitucional fundada sobre una franquicia de propiedad para los «ciudadanos activos». Los pasivos, se esperaba que vivieran en conformidad con su nombre.

Pero no sucedió así. Por un lado la monarquía, aunque ahora sostenida fuertemente por una poderosa facción burguesa ex revolucio-

na, no podía resignarse al nuevo régimen. La Corte soñaba —e intrigaba para conseguirla— con una cruzada de los regios parientes para expulsar a la chusma de gobernantes comuneros y restaurar al ungido de Dios, al cristianísimo rey de Francia, en su puesto legítimo. La Constitución Civil del Clero (1790), un mal interpretado intento de destruir, no a la Iglesia, sino su sumisión al absolutismo romano, llevó a la oposición a la mayor parte del clero y de los fieles y contribuyó a impulsar al rey a la desesperada y —como más tarde se vería— suicida tentativa de huir del país. Fue detenido en Varennes en junio de 1791, y en adelante el republicanismo se hizo una fuerza masiva, pues los reyes tradicionales que abandonan a sus pueblos pierden el derecho a la lealtad de los súbditos. Por otro lado, la incontrolada economía de libre empresa de los moderados acentuaba las fluctuaciones en el nivel de precios de los alimentos y, como consecuencia, la combatividad de los ciudadanos pobres, especialmente en París. El precio del pan registraba la temperatura política de París con la exactitud de un termómetro, y las masas parisienses eran la fuerza revolucionaria decisiva. No en balde la nueva bandera francesa tricolor combinaba el blanco del antiguo pabellón real con el rojo y el azul, colores de París.

El estallido de la guerra tendría inesperadas consecuencias, al dar origen a la segunda revolución de 1792 —la República jacobina del año II— y más tarde al advenimiento de Napoleón Bonaparte. En otras palabras, convirtió la historia de la Revolución francesa en la historia de Europa.

Dos fuerzas impulsaron a Francia a una guerra general: la extrema derecha y la izquierda moderada. Para el rey, la nobleza francesa y la creciente emigración aristocrática y eclesiástica, acampada en diferentes ciudades de la Alemania occidental, era evidente que sólo la intervención extranjera podría restaurar el viejo régimen⁸. Tal intervención no era demasiado fácil de organizar, dada la complejidad de la situación internacional y la relativa tranquilidad política de los otros países. No obstante, era cada vez más evidente para los nobles y los gobernantes de «derecho divino» de todas partes, que la restauración del poder de Luis XVI no era simplemente un acto de solidaridad de clase, sino una importante salvaguardia contra la expansión de las espantosas ideas propagadas desde Francia. Como consecuencia de todo ello, las fuerzas para la reconquista de Francia se iban reuniendo en el extranjero.

Al mismo tiempo los propios liberales moderados, y de modo especial el grupo de políticos agrupado en torno a los diputados del departamento mercantil de la Gironda, eran una fuerza belicosa. Esto se debía en parte a que cada revolución genuina tiende a ser ecuménica. Para los franceses, como para sus numerosos simpatizantes en el extranjero, la liberación de Francia era el primer paso del triunfo universal de la libertad, actitud que llevaba fácilmente a la convicción de que la patria de la revolución estaba obligada a liberar a los pueblos que gemían bajo la opresión y la tiranía. Entre los revolucionarios, moderados o extremistas, había una exaltada y generosa pasión por expandir la libertad, así como una verdadera incapacidad para

separar la causa de la nación francesa de la de toda la humanidad esclavizada. Tanto la francesa como las otras revoluciones tuvieron que aceptar este punto de vista o adaptarlo, por lo menos hasta 1848. Todos los planes para la liberación europea hasta esa fecha giraban sobre un alzamiento conjunto de los pueblos bajo la dirección de Francia para derribar a la reacción. Y desde 1830 otros movimientos de rebelión nacionalista o liberal, como los de Italia y Polonia, tendían a ver convertidas en cierto sentido a sus naciones en mesías destinados por su libertad a iniciar la de los demás pueblos oprimidos.

Por otra parte, la guerra, considerada de modo menos idealista, ayudaría a resolver numerosos problemas domésticos. Era tan tentador como evidente achacar las dificultades del nuevo régimen a las conjuras de los emigrados y los tiranos extranjeros y encauzar contra ellos el descontento popular. Más específicamente, los hombres de negocios afirmaban que las inciertas perspectivas económicas, la devaluación del dinero y otras perturbaciones sólo podrían remediarse si desaparecía la amenaza de la intervención. Ellos y los ideólogos se daban cuenta, al reflexionar sobre la situación de Inglaterra, de que la supremacía económica era la consecuencia de una sistemática agresividad. (El siglo XVIII no se caracterizó porque los negociantes triunfadores fueran precisamente pacifistas.) Además, como pronto se iba a demostrar, podía hacerse la guerra para sacar provecho. Por todas estas razones, la mayoría de la nueva Asamblea Legislativa (con la excepción de una pequeña ala derecha y otra pequeña ala izquierda dirigida por Robespierre) preconizaba la guerra. Y también por todas estas razones, el día que estallara, las conquistas de la revolución iban a combinar las ideas de liberación con las de explotación y juego político.

La guerra se declaró en abril de 1792. La derrota, que el pueblo atribuiría, no sin razón, a sabotaje real y a traición, trajo la radicalización. En agosto y septiembre fue derribada la monarquía, establecida la República una e indivisible y proclamada una nueva era de la historia humana con la institución del año I del calendario revolucionario por la acción de las masas de «sans-culottes» de París. La edad férrea y heroica de la Revolución francesa empezó con la matanza de los presos políticos, las elecciones para la Convención Nacional —probablemente la Asamblea más extraordinaria en la historia del parlamentarismo— y el llamamiento para oponer una resistencia total a los invasores. El rey fue encarcelado, y la invasión extranjera detenida por un duelo de artillería poco dramático en Valmy.

Las guerras revolucionarias imponen su propia lógica. El partido dominante en la nueva Convención era el de los girondinos, belicosos en el exterior y moderados en el interior, un cuerpo de elocuentes y brillantes oradores que representaba a los grandes negociantes, a la burguesía provinciana y a la refinada intelectualidad. Su política era absolutamente imposible. Pues solamente los Estados que emprendieran campañas limitadas con sólidas fuerzas regulares podían esperar mantener la guerra y los asuntos internos en compartimentos estancos, como las damas y los caballeros de las novelas de Jane

Austen hacían entonces en Inglaterra. Pero la revolución no podía emprender una campaña limitada ni contaba con unas fuerzas regulares, por lo que su guerra oscilaba entre la victoria total de la revolución mundial y la derrota total que significaría la contrarrevolución. Y su ejército —lo que quedaba del antiguo ejército francés— era tan ineficaz como inseguro. Dumouriez, el principal general de la República, no tardaría en pasarse al enemigo. Así, pues, sólo unos métodos revolucionarios sin precedentes podían ganar la guerra, aunque la victoria significara nada más que la derrota de la intervención extranjera. En realidad, se encontraron esos métodos. En el curso de la crisis, la joven República francesa descubrió o inventó la guerra total: la total movilización de los recursos de una nación mediante el reclutamiento en masa, el racionamiento, el establecimiento de una economía de guerra rígidamente controlada y la abolición virtual, dentro y fuera del país, de la distinción entre soldados y civiles. Las consecuencias aterradoras de este descubrimiento no se verían con claridad hasta nuestro tiempo. Puesto que la guerra revolucionaria de 1792-1794 constituyó un episodio excepcional, la mayor parte de los observadores del siglo XIX no repararon en ella más que para señalar (e incluso esto se olvidó en los últimos años de prosperidad de la época victoriana) que las guerras conducen a las revoluciones, y que, por otra parte, las revoluciones ganan guerras inganables. Sólo hoy podemos ver cómo la República jacobina y el «Terror» de 1793-1794, tuvieron muchos puntos de contacto con lo que modernamente se ha llamado el esfuerzo de guerra total.

Los «sans-culottes» recibieron con entusiasmo al gobierno de guerra revolucionaria, no sólo porque afirmaban que únicamente de esta manera podían ser derrotadas la contrarrevolución y la intervención extranjera, sino también porque sus métodos movilizaban al pueblo y facilitaban la justicia social. (Pasaban por alto el hecho de que ningún esfuerzo efectivo de guerra moderna es compatible con la descentralización democrática a que aspiraban.) Por otra parte, los girondinos temían las consecuencias políticas de la combinación de revolución de masas y guerra que habían provocado. Ni estaban preparados para competir con la izquierda. No querían procesar o ejecutar al rey, pero tenían que luchar con sus rivales los jacobinos (la «Montaña») por este símbolo de celo revolucionario; la Montaña ganaba prestigio y ellos no. Por otra parte, querían convertir la guerra en una cruzada ideológica y general de liberación y en un desafío directo a Inglaterra, la gran rival económica, objetivo que consiguieron. En marzo de 1793, Francia estaba en guerra con la mayor parte de Europa y había empezado la anexión de territorios extranjeros, justificada por la recién inventada doctrina del derecho de Francia a sus «fronteras naturales». Pero la expansión de la guerra, sobre todo cuando la guerra iba mal, sólo fortalecía las manos de la izquierda, única capaz de ganarla. A la retirada y aventajados en su capacidad de efectuar maniobras, los girondinos acabaron por desencadenar virulentos ataques contra la izquierda que pronto se convirtieron en organizadas rebeliones provinciales contra París. Un rápido golpe de

cel - part 4

los «sans-culottes» los desbordó el 2 de junio de 1793, instaurando la República jacobina.

3

Cuando los profanos cultos piensan en la Revolución francesa, son los acontecimientos de 1789 y especialmente la República jacobina del año II los que acuden en seguida a su mente. El almidonado Robespierre, el gigantesco mujeriego Danton, la fría elegancia revolucionaria de Saint-Just, el tosco Marat, el Comité de Salud Pública, el Tribunal revolucionario y la guillotina son imágenes que aparecen con mayor claridad, mientras los nombres de los revolucionarios moderados que figuraron entre Mirabeau y Lafayette en 1789 y los jefes jacobinos de 1793 parecen haberse borrado de la memoria de todos, menos de los historiadores. Los girondinos son recordados sólo como grupo, y quizá por las mujeres románticas pero políticamente insignificantes unidas a ellos: Madame Roland o Carlota Corday. Fuera del campo de los especialistas, ¿se conocen siquiera los nombres de Brissot, Vergniaud, Guadet, etc.? Los conservadores han creado una permanente imagen del Terror como una dictadura histórica y ferozmente sanguinaria, aunque en comparación con algunas marcas del siglo XX, e incluso algunas represiones conservadoras de movimientos de revolución social —como, por ejemplo, las matanzas subsiguientes a la Comuna de París en 1871—, su volumen de crímenes fuera relativamente modesto: 17.000 ejecuciones oficiales en catorce meses. Todos los revolucionarios, de manera especial en Francia, lo han considerado como la primera República popular y la inspiración de todas las revueltas subsiguientes. Por todo ello puede afirmarse que fue una época imposible de medir con el criterio humano de cada día.

Todo ello es cierto. Pero para la sólida clase media francesa que permaneció tras el Terror, éste no fue algo patológico o apocalíptico, sino el único método eficaz para conservar el país. Esto lo logró, en efecto, la República jacobina a costa de un esfuerzo sobrehumano. En junio de 1793, sesenta de los ochenta departamentos de Francia estaban sublevados contra París; los ejércitos de los príncipes alemanes invadían Francia por el Norte y por el Este; los ingleses la atacaban por el Sur y por el Oeste; el país estaba desamparado y en quiebra. Catorce meses más tarde, toda Francia estaba firmemente gobernada, los invasores habían sido rechazados y, por añadidura, los ejércitos franceses ocupaban Bélgica y estaban a punto de iniciar una etapa de veinte años de ininterrumpidos triunfos militares. Ya en marzo de 1794, un ejército tres veces mayor que antes funcionaba a la perfección y costaba la mitad que en marzo de 1793, y el valor del dinero francés (o más bien de los «asignados» de papel, que casi lo habían sustituido del todo) se mantenía estabilizado, en marcado contraste con el pasado y el futuro. No es de extrañar que Jeanbon St. André, jacobino miembro del Comité de Salud Pública y más tarde, a pesar de su firme republicanismo, uno de los mejores prefectos de Napoleón, mirase con desprecio a la Francia imperial que se

bamboleaba por las derrotas de 1812-1813. La República del año II había superado crisis peores con muchos menos recursos¹⁰.

Para tales hombres, como para la mayoría de la Convención Nacional, que en el fondo mantuvo el control durante aquel heroico período, el dilema era sencillo: o el Terror con todos sus defectos desde el punto de vista de la clase media, o la destrucción de la revolución, la desintegración del Estado nacional, y probablemente —¿no existía el ejemplo de Polonia?— la desaparición del país. Quizá para la desesperada crisis de Francia, muchos de ellos hubiesen preferido un régimen menos férreo y con seguridad una economía menos firmemente dirigida: la caída de Robespierre llevó aparejada una epidemia de desbarajuste económico y de corrupción que culminó en una tremenda inflación y en la bancarrota nacional de 1797. Pero incluso desde el más estrecho punto de vista, las perspectivas de la clase media francesa dependían en gran parte de las de un Estado nacional unificado y fuertemente centralizado. Y en fin, ¿podía la revolución que había creado virtualmente los términos «nación» y «patriotismo» en su sentido moderno, abandonar su idea de «gran nación»?

La primera tarea del régimen jacobino era la de movilizar el apoyo de las masas contra la disidencia de los girondinos y los notables provincianos, y conservar el ya existente de los «sans-culottes» parisinos, algunas de cuyas peticiones a favor de un esfuerzo de guerra revolucionario —movilización general (la «levée en masse»), terror contra los «traidores» y control general de precios (el «maximum»)— coincidían con el sentido común jacobino, aunque sus otras demandas resultarían inoportunas. Se promulgó una nueva Constitución radicalísima, varias veces aplazada por los girondinos. En este noble pero académico documento se ofrecía al pueblo el sufragio universal, el derecho de insurrección, trabajo y alimento, y —lo más significativo de todo— la declaración oficial de que el bien común era la finalidad del gobierno y de que los derechos del pueblo no serían meramente asequibles, sino operantes. Aquella fue la primera genuina Constitución democrática promulgada por un Estado moderno. Concretamente, los jacobinos abolían sin indemnización todos los derechos feudales aún existentes, aumentaban las posibilidades de los pequeños propietarios de cultivar las tierras confiscadas de los emigrados y —algunos meses después— abolieron la esclavitud en las colonias francesas, con el fin de estimular a los negros de Santo Domingo a luchar por la República contra los ingleses. Estas medidas tuvieron los más trascendentes resultados. En América ayudaron a crear el primer caudillo revolucionario que reclamó la independencia de su país: Toussaint-Louverture¹¹. En Francia establecieron la inexpugnable ciudadela de los pequeños y medios propietarios campesinos, artesanos y tenderos, retrógrada desde el punto de vista económico, pero apasionadamente devota de la revolución y la República, que desde entonces domina la vida del país. La transformación capitalista de la agricultura y las pequeñas empresas, condición esencial para el rápido desarrollo económico, se retrasó, y con ella la rapidez de la urbanización, la expansión del mercado interno, la multiplicación de la clase trabajadora e, incidentalmente, el ulterior avance de la revolu-

ción proletaria. Tanto los grandes negocios como el movimiento laboral se vieron condenados a permanecer en Francia como fenómenos minoritarios, como islas rodeadas por el mar de los tenderos de comestibles, los pequeños propietarios rurales y los propietarios de cafés (véase posteriormente, cap. 9).

El centro del nuevo gobierno, aun representando una alianza de los jacobinos y los «sans-culottes», se inclinaba perceptiblemente hacia la izquierda. Esto se reflejó en el reconstruido Comité de Salud Pública, pronto convertido en el efectivo «gabinete de guerra» de Francia. El Comité perdió a Danton, hombre poderoso, disoluto y probablemente corrompido, pero de un inmenso talento revolucionario, mucho más moderado de lo que parecía (había sido ministro en la última administración real), y ganó a Maximiliano Robespierre, que llegó a ser su miembro más influyente. Pocos historiadores se han mostrado desapasionados respecto a aquel abogado fanático, «dandy» de buena cuna que creía monopolizar la austeridad y la virtud, porque todavía encarnaba el terrible y glorioso año II, frente al que ningún hombre era neutral. No fue un individuo agradable, e incluso los que en nuestros días piensan que tenía razón prefieren el brillante rigor matemático del arquitecto de paraísos espartanos que fue el joven Saint-Just. No fue un gran hombre y a menudo dio muestras de mezquindad. Pero es el único —fuera de Napoleón— salido de la revolución a quien se rindió culto. Ello se debió a que para él, como para la historia, la República jacobina no era un lema para ganar la guerra, sino un ideal: el terrible y glorioso reino de la justicia y la virtud en el que todos los hombres fueran iguales ante los ojos de la nación y el pueblo el sancionador de los traidores. Juan Jacobo Rousseau y la cristalina convicción de su rectitud le daban su fortaleza. No tenía poderes dictatoriales, ni siquiera un cargo, siendo simplemente un miembro del Comité de Salud Pública, el cual era a su vez un subcomité —el más poderoso aunque no todopoderoso— de la Convención. Su poder era el del pueblo —las masas de París—; su terror, el de esas masas. Cuando ellas le abandonaron, se produjo su caída. — me que de pitacs

La tragedia de Robespierre y de la República jacobina fue la de tener que perder, forzosamente, ese apoyo. El régimen era una alianza entre la clase media y las masas obreras; pero para los jacobinos de la clase media las concesiones a los «sans-culottes» eran tolerables sólo en cuanto ligaban las masas al régimen sin aterrorizar a los propietarios; y dentro de la alianza los jacobinos de clase media eran una fuerza decisiva. Además, las necesidades de la guerra obligaban al gobierno a la centralización y la disciplina a expensas de la libre, local y directa democracia de club y de sección, de la milicia voluntaria accidental y de las elecciones libres que favorecían a los «sans-culottes». El mismo proceso que durante la guerra civil de España de 1936-1939 fortaleció a los comunistas a expensas de los anarquistas, fue el que fortaleció a los jacobinos de cuño Saint-Just a costa de los «sans-culottes» de Hébert. En 1794 el gobierno y la política eran monolíticos y corrían guiados por agentes directos del Comité o la Convención —a través de delegados *en misión*— y un vasto cuerpo

de funcionarios jacobinos en conjunción con organizaciones locales de partido. Por último, las exigencias económicas de la guerra les enajenaron el apoyo popular. En las ciudades, el racionamiento y la tasa de precios beneficiaba a las masas, pero la correspondiente congelación de salarios las perjudicaba. En el campo, la sistemática requisación de alimentos (que los «sans-culottes» urbanos habían sido los primeros en preconizar) les enajenaban a los campesinos.

Por eso las masas se apartaron descontentas en una turbia y resentida pasividad, especialmente después del proceso y ejecución de los hebertistas, las voces más autorizadas del «sans-culottismo». Al mismo tiempo muchos moderados se alarmaron por el ataque al ala derecha de la oposición, dirigida ahora por Danton. Esta facción había proporcionado cobijo a numerosos delincuentes, especuladores, estraperlistas y otros elementos corrompidos y enriquecidos, dispuestos como el propio Danton a formar esa minoría amoral, falstaffiana, viciosa y derrochadora que siempre surge en las revoluciones sociales hasta que las supera el duro puritanismo, que invariablemente llega a dominarlas. En la historia siempre los Danton han sido derrotados por los Robespierre (o por los que intentan actuar como Robespierre), porque la rigidez puede triunfar en donde la picaresca fracasa. No obstante, si Robespierre ganó el apoyo de los moderados eliminando la corrupción —lo cual era servir a los intereses del esfuerzo de guerra—, sus posteriores restricciones de la libertad y la ganancia desconcertaron a los hombres de negocios. Por último, no agradaban a muchas gentes ciertas excursiones ideológicas de aquel periodo, como las sistemáticas campañas de descristianización —debidas al celo de los «sans-culottes»— y la nueva religión cívica del Ser Supremo de Robespierre, con todas sus ceremonias, que intentaban neutralizar a los ateos imponiendo los preceptos del «divino» Juan Jacobo. Y el constante silbido de la guillotina recordando a todos los políticos que ninguno podía sentirse seguro de conservar su vida.

En abril de 1794, tanto los componentes del ala derecha como los del ala izquierda habían sido guillotinado y los robespierristas se encontraban políticamente aislados. Sólo la crisis bélica los mantenía en el poder. Cuando a finales de junio del mismo año los nuevos ejércitos de la República demostraron su firmeza derrotando decisivamente a los austríacos en Fleurus y ocupando Bélgica, el final se preveía. El nueve de Thermidor, según el calendario revolucionario (27 de julio de 1794), la Convención derribó a Robespierre. Al día siguiente, él, Saint-Just y Couthon fueron ejecutados. Pocos días más tarde cayeron las cabezas de ochenta y siete miembros de la revolucionaria Comuna de París.

1794
Thermidor supone el fin de la heroica y recordada fase de la revolución: la fase de los andrajosos «sans-culottes» y los correctos ciudadanos con gorro frigio que se consideraban nuevos Brutos y Catones, de lo grandilocuente, clásico y generoso, pero también de las

mortales frases: «Lyon n'est plus», «Diez mil soldados carecen de calzado. Apodérese de los zapatos de todos los aristócratas de Estrasburgo y entréguelos preparados para su transporte al cuartel general mañana a las diez de la mañana»¹². No fue una fase de vida cómoda, pues la mayor parte de los hombres estaban hambrientos y muchos asustados; pero fue un fenómeno tan terrible e irrevocable como la primera explosión nuclear, que cambió para siempre toda la historia. Y la energía que generó fue suficiente para barrer como paja a los ejércitos de los viejos regímenes europeos.

El problema con el que hubo de enfrentarse la clase media francesa para la permanencia de lo que técnicamente se llama período revolucionario (1794-1799), era el de conseguir una estabilidad política y un progreso económico sobre las bases del programa liberal original de 1789-1791. Este problema no se ha resuelto adecuadamente todavía, aunque desde 1870 se descubriera una fórmula viable para mucho tiempo en la república parlamentaria. La rápida sucesión de regímenes —Directorio (1795-1799), Consulado (1799-1804), Imperio (1804-1814), Monarquía borbónica restaurada (1815-1830), Monarquía constitucional (1830-1848), República (1848-1851) e Imperio (1852-1870)— no supuso más que el propósito de mantener una sociedad burguesa y evitar el doble peligro de la república democrática jacobina y del antiguo régimen.

La gran debilidad de los *thermidorianos* consistía en que no gozaban de un verdadero apoyo político, sino todo lo más de una tolerancia, y en verse acosados por una resucitada reacción aristocrática y por las masas jacobinas y «*sans-culottes*» de París que pronto lamentaron la caída de Robespierre. En 1795 proyectaron una elaborada Constitución de tira y afloja para defenderse de ambos peligros. Periódicas inclinaciones a la derecha o a la izquierda los mantuvieron en un equilibrio precario, pero teniendo cada vez más que acudir al ejército para contener las oposiciones. Era una situación curiosamente parecida a la de la Cuarta República, y su conclusión fue la misma: el gobierno de un general. Pero el Directorio dependía del ejército para mucho más que para la supresión de periódicas conjuras y levantamientos (varios de 1795, conspiración de Babeuf en 1796, Fructidor en 1797, Floreal en 1798, Pradial en 1799¹³). La inactividad era la única garantía de poder para un régimen débil e impopular, pero lo que la clase media necesitaba eran iniciativas y expansión. El problema, insoluble en apariencia, lo resolvió el ejército, que conquistaba y pagaba por sí, y, más aún, su botín y sus conquistas pagaban por el gobierno. ¿Puede sorprender que un día el más inteligente y hábil de los jefes del ejército, Napoleón Bonaparte, decidiera que ese ejército hiciera caso omiso de aquel endeble régimen civil?

Este ejército revolucionario fue el hijo más formidable de la República jacobina. De «leva en masa» de ciudadanos revolucionarios, se convirtió muy pronto en una fuerza de combatientes profesionales, que abandonaron en masa cuantos no tenían afición o voluntad de seguir siendo soldados. Por eso conservó las características de la revolución al mismo tiempo que adquiría las de un verdadero ejército tradicional; típica mixtura bonapartista. La revolución consiguió una

superioridad militar sin precedentes, que el soberbio talento militar de Napoleón explotaría. Pero siempre conservó algo de leva improvisada, en la que los reclutas apenas instruidos adquirían veteranía y moral a fuerza de fatigas, se desdeñaba la verdadera disciplina castrense, los soldados eran tratados como hombres y los ascensos por méritos (es decir, la distinción en la batalla) producían una simple jerarquía de valor. Todo esto y el arrogante sentido de cumplir una misión revolucionaria hizo al ejército francés independiente de los recursos de que dependen las fuerzas más ortodoxas. Nunca tuvo un efectivo sistema de intendencia, pues vivía fuera del país, y nunca se vio respaldado por una industria de armamento adecuada a sus necesidades nominales; pero ganaba sus batallas tan rápidamente que necesitaba pocas armas: en 1806, la gran máquina del ejército prusiano se desmoronó ante un ejército en el que un cuerpo disparó sólo 1.400 cañonazos. Los generales confiaban en el ilimitado valor ofensivo de sus hombres y en su gran capacidad de iniciativa. Naturalmente, también tenía la debilidad de sus orígenes. Aparte de Napoleón y de algunos pocos más, su generalato y su cuerpo de estado mayor era pobre, pues el general revolucionario o el mariscal napoleónico eran la mayor parte de las veces el tipo del sargento o el oficial ascendido más por su valor personal y sus dotes de mando que por su inteligencia: el ejemplo más típico es el del heroico pero estúpido mariscal Ney. Napoleón ganaba las batallas, pero sus mariscales tendían a perderlas. Su esbozado sistema de intendencia, suficiente en los países ricos y propicios para el saqueo —Bélgica, el Norte de Italia y Alemania— en que se inició, se derrumbaría, como veremos, en los vastos territorios de Polonia y de Rusia. Su total carencia de servicios sanitarios multiplicaba las bajas: entre 1800 y 1815 Napoleón perdió el 40 por 100 de sus fuerzas (cerca de un tercio de esa cifra por desertión); pero entre el 90 y el 98 por 100 de esas pérdidas fueron hombres que no murieron en el campo de batalla, sino a consecuencia de heridas, enfermedades, agotamiento y frío. En resumen: fue un ejército que conquistó a toda Europa en poco tiempo, no sólo porque pudo, sino también porque tuvo que hacerlo.

Por otra parte, el ejército fue una carrera como otra cualquiera de las muchas que la revolución burguesa había abierto al talento, y quienes consiguieron éxito en ella tenían un vivo interés en la estabilidad interna, como el resto de los burgueses. Esto fue lo que convirtió al ejército, a pesar de su jacobinismo inicial, en un pilar del gobierno postthermidoriano, y a su jefe Bonaparte en el personaje indicado para concluir la revolución burguesa y empezar el régimen burgués. El propio Napoleón Bonaparte, aunque de condición hidalga en su tierra natal de Córcega, fue uno de esos militares de carrera. Nacido en 1769, ambicioso, disconforme y revolucionario, comenzó lentamente su carrera en el arma de artillería, una de las pocas ramas del ejército real en la que era indispensable una competencia técnica. Durante la revolución, y especialmente bajo la dictadura jacobina, a la que sostuvo con energía, fue reconocido por un comisario local en un frente crucial —siendo todavía un joven corso que difícilmente podía tener muchas perspectivas— como un soldado de magníficas dotes y de

gran porvenir. El año II, ascendió a general. Sobrevivió a la caída de Robespierre, y su habilidad para cultivar útiles relaciones en París le ayudó a superar aquel difícil momento. Encontró su gran oportunidad en la campaña de Italia de 1796 que le convirtió sin discusión posible en el primer soldado de la República que actuaba virtualmente con independencia de las autoridades civiles. El poder recayó en parte en sus manos y en parte él mismo lo arrebató cuando las invasiones extranjeras de 1799 revelaron la debilidad del Directorio y la indispensable necesidad de su espada. En seguida fue nombrado primer cónsul; luego cónsul vitalicio; por último, emperador. Con su llegada, y como por milagro, los insolubles problemas del Directorio encontraron solución. Al cabo de pocos años Francia tenía un código civil, un concordato con la Iglesia y hasta un Banco Nacional, el más patente símbolo de la estabilidad burguesa. Y el mundo tenía su primer mito secular.

Los viejos lectores o los de los países anticuados reconocerán que el mito existió durante todo el siglo XIX, en el que ninguna sala de la clase media estaba completa si faltaba su busto y cualquier escritor afirmaba —aunque fuera en broma— que no había sido un hombre, sino un dios-sol. La extraordinaria fuerza expansiva de este mito no puede explicarse adecuadamente ni por las victorias napoleónicas, ni por la propaganda napoleónica, ni siquiera por el indiscutible genio de Napoleón. Como hombre era indudablemente brillantísimo, versátil, inteligente e imaginativo, aunque el poder le hizo más bien desagradable. Como general no tuvo igual; como gobernante fue un proyectista de soberbia eficacia, enérgico y ejecutivo jefe de un círculo intelectual, capaz de comprender y supervisar cuanto hacían sus subordinados. Como hombre parece que irradiaba un halo de grandeza; pero la mayor parte de los que dan testimonio de esto —como Goethe— le vieron en la cúspide de su fama, cuando ya la atmósfera del mito le rodeaba. Sin género de dudas era un gran hombre, y —quizá con la excepción de Lenin— su retrato es el único que cualquier hombre medianamente culto reconoce con facilidad, incluso hoy, en la galería iconográfica de la historia, aunque sólo sea por la triple marca de su corta talla, el pelo peinado hacia adelante sobre la frente y la mano derecha metida entre el chaleco entreabierto. Quizá sea inútil tratar de compararle con los candidatos a la grandeza de nuestro siglo XX.

El mito napoleónico se basó menos en los méritos de Napoleón que en los hechos, únicos entonces, de su carrera. Los grandes hombres conocidos que estremecieron al mundo en el pasado habían empezado siendo reyes, como Alejandro Magno, o patricios, como Julio César. Pero Napoleón fue el «petit caporal» que llegó a gobernar un continente por su propio talento personal. (Esto no es del todo cierto, pero su ascensión fue lo suficientemente meteórica y alta para hacer razonable la afirmación.) Todo joven intelectual devorador de libros como el joven Bonaparte, autor de malos poemas y novelas y adorador de Rousseau, pudo desde entonces ver al cielo como su límite y los laureles rodeando su monograma. Todo hombre de negocios tuvo desde entonces un nombre para su ambición: ser —el

clisé se utiliza todavía— un «Napoleón de las finanzas o de la industria». Todos los hombres vulgares se conmovieron ante el fenómeno —único hasta entonces— de un hombre vulgar que llegó a ser más grande que los nacidos para llevar una corona. Napoleón dio un nombre propio a la ambición en el momento en que la doble revolución había abierto el mundo a los hombres ambiciosos. Y aún había más: Napoleón era el hombre civilizado del siglo XVIII, racionalista, curioso, ilustrado, pero lo suficientemente discípulo de Rousseau para ser también el hombre romántico del siglo XIX. Era el hombre de la revolución y el hombre que traía la estabilidad. En una palabra, era la figura con la que cada hombre que rompe con la tradición se identificaría en sus sueños.

Para los franceses fue, además, algo mucho más sencillo: el más afortunado gobernante de su larga historia. Triunfó gloriosamente en el exterior, pero también en el interior estableció o reestableció el conjunto de las instituciones francesas tal y como existen hasta hoy en día. Claro que muchas —quizá todas— de sus ideas fueron anticipadas por la revolución y el Directorio, por lo que su contribución personal fue hacerlas más conservadoras, jerárquicas y autoritarias. Pero si sus predecesores las anticiparon, él las llevó a cabo. Los grandes monumentos legales franceses, los códigos que sirvieron de modelo para todo el mundo burgués no anglosajón, fueron napoleónicos. La jerarquía de los funcionarios públicos —desde prefecto para abajo—, de los tribunales, las Universidades y las escuelas, también fue suya. Las grandes «carreras» de la vida pública francesa —ejército, administración civil, enseñanza, justicia— conservan la forma que les dio Napoleón. Napoleón proporcionó estabilidad y prosperidad a todos, excepto al cuarto de millón de franceses que no volvieron de sus guerras, e incluso a sus parientes les proporcionó gloria. Sin duda los ingleses se consideraron combatientes de la libertad frente a la tiranía; pero en 1815 la mayor parte de ellos eran probablemente más pobres y estaban peor situados que en 1800, mientras la situación social y económica de la mayoría de los franceses era mucho mejor, pues nadie, salvo los todavía menospreciados jornaleros, había perdido, los sustanciales beneficios económicos de la revolución. No puede sorprender, por tanto, la persistencia del bonapartismo como ideología de los franceses apolíticos, especialmente de los campesinos más ricos, después de la caída de Napoleón. Un segundo y más pequeño Napoleón sería el encargado de desvanecerlo entre 1851 y 1870.

Napoleón sólo destruyó una cosa: la revolución jacobina, el sueño de libertad, igualdad y fraternidad y de la majestuosa ascensión del pueblo para sacudir el yugo de la opresión. Sin embargo, éste era un mito más poderoso aún que el napoleónico, ya que, después de la caída del emperador, sería ese mito, y no la memoria de aquél, el que inspiraría las revoluciones del siglo XIX, incluso en su propio país.